



ÉPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 24. — Madrid 25 de Agosto de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por Manuel Orsorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Sine-Fide*. — *Las mentiras*, por Leo Taxil. — *La realidad de un sueño*, por Santiago Olmedo y Estrada. — *Los Hermanos de las Escuelas cristianas*. — *Las Nunciaturas y las delegaciones apostólicas*. — *Los amos y dependientes cristianos*. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Jubileo sacerdotal de S. S. León XIII*. — *Noticias*. — *Necrología*.
GRABADOS. — *Monseñor Ruffo-Scilla*. — *Escenas de casa*. — *Santo Tomás de Villanueva* (cuadro de Murillo).

LA DECENA

AFFECTUOSA en extremo ha sido la entrevista celebrada este año por los Emperadores de Alemania y Austria en Gastein. Nadie ignora que la única garantía de paz para Europa es hoy el anciano Monarca del Imperio alemán, y que, á no ser por él, á estas horas la guerra hubiera destrozado á las naciones interesadas en los múltiples asuntos pendientes de solución en Oriente. Pero el Emperador Guillermo, partidario del engrandecimiento de la nación alemana, y deseoso de tranquilidad, ha empleado su poderosa influencia en calmar las pasiones belicosas que animan á algunas Potencias, y dedicándose con entusiasmo á proteger los elementos de riqueza y fomentar las fuentes de la producción nacional. Tal es, en suma, la política que desde 1870 viene observando con aplauso de Europa el Soberano más fuerte de ella; política que ha sido y es sostenida hábilmente por el Emperador Francisco José, y que ha venido consolidándose todos los años en idénticas entrevistas que la última verificada el día 6 del actual.

Así lo declaran los periódicos más importantes de Europa, y especialmente los de Austria y Alemania, contestando á los que ponen en duda tenga hoy igual alcance político la entrevista de los dos Emperadores, y afirmando que en ella les guió el deseo de afianzar la paz, sin más objeto que ver á Europa gozar ampliamente de la misma.

Siendo, pues, la conferencia de Gastein una nueva ratificación de estos sentimientos, claro está que los resultados de la misma han de influir en su política general, porque representa una garantía real de los propósitos conciliadores y pacíficos bajo los cuales han de resolverse los puntos que tanto excitan las pasiones belicosas de Rusia contra Alemania, de Inglaterra contra el Imperio ruso, y de Francia contra el germánico.

La versión, rumor ó lo que sea, de una soberanía pontificia sobre Siria y Chipre, con la Santa Sede en Jerusalén, es la modernización de algo que ya dijo un desgraciado poeta, y carece en absoluto de fundamento.

Desde el momento en que todos los enfermos crónicos se hallan de veraneo en los balnearios y playas de la Península y del extranjero, bien podemos decir, sin presunción pecaminosa, los que en la capital seguimos, que aquí está «la parte sana de Madrid.» Base firmísima de la población madrileña, desafiamos ahora los rayos del sol, como en Diciembre las sutiles brisas del Guadarrama, atendiendo á nuestros asuntos, llenando nuestros deberes y no gastando más de lo que autoriza el flaco y macilento bolsillo.

Pero digámoslo también, á riesgo de que no se nos crea.

La vida en Madrid no es tan insoportable como algunos presumen: los que disponen de riquezas evitan la fuerza del calor en habitaciones bien acondicionadas y frescas; toman higiénicos baños de placer; viven en un *deshabillé* admirable; pasean en las horas de sombra por el Retiro ó la Casa de Campo, y asisten de noche á los Jardines. Los que por sus trabajos no pueden defenderse tanto, arreglan las horas de la mejor manera posible, buscan las aceras de sombra, desafían con sus sombrillas al sol de las plazas anchurosas, refrescan á la inglesa en las cien tiendas consagradas á esta reciente industria, y después de dormir la siesta y de comer en mangas de camisa, se marchan por la noche á Biarritz, el sitio que antes conocíamos por el nombre de «Cerro del Aire,» y que hoy hemos confirmado con otro francés. Los pobres, verdaderamente pobres, encuentran en la economía de los ali-

mentos compensación á los calores, y cuando llega la noche encuentran hecha su cama en los bancos de los paseos y de las plazas públicas, y aun en mitad de las calles.

Los viajes incómodos, las fondas sucias con habitaciones de aire irrespirable, los manjares de guardarrópia, las compañías insoportables que los viajes imponen, el juego como recurso y moda, el gasto innecesario é incesante, las fatigas de las expediciones, los peligros de las contraindicaciones terapéuticas, quede todo esto para los que lo buscan, sin precisión muchísimas veces, y reservémonos el mé todo, la higiene, la tranquilidad y la economía, que logramos con no movernos de Madrid.

Después de todo, si á los que viajan les gustan todos los inconvenientes señalados, á nosotros nos agradan más los bienes aducidos, y váyase lo uno por lo otro, ya que quien no se consuela es porque no quiere.

Incidentalmente he dicho algo de Biarritz, y la verdad es que este sitio de recreo merece algo más, si no por lo que en sí es, como *síntoma*.

Aquí en Madrid, donde los cafés se multiplican en las calles, donde los teatros son en número mucho mayor de lo que requiere una población fija y no excesiva, y donde el capricho, el gusto, la moda y el vicio se disputan la preferencia de la población en cortísimo espacio y en calles ni muy anchas ni muy ventiladas, está sin nacer aún una industria muy importante: la industria de los alrededores. El empleado que trabaja toda la semana, el industrial que consagra su vida á la producción, el hombre de negocios, el comerciante, todos cuantos ven sucederse y pasarse el lunes y el martes, el miércoles y el jueves, el viernes y el sábado, ven llegar el domingo y no saben en qué ocuparlo: las distracciones que le ofrece Madrid no ensanchan sus pulmones con un poco de oxígeno, ni contribuyen á alimentar sus fuerzas físicas, ni equilibran sus funciones digestivas. De buena gana saldrían al campo; pero la aridez de los alrededores de Madrid sólo les ofrece polvo; si entran en un ventorrillo, tienen la seguridad de no encontrar un mantel ni una servilleta, ni más alimentos que algunos, acaso en descomposición, tasados y tan caros como en casa de Lhardy. Nada de fondas campestres, ni de juegos de jardín, ni de lo que pueda apetecer quien consagra toda la semana al trabajo. Pues bien: Biarritz, como he dicho ya, es un *síntoma*: allí arrojan los tranvías durante la noche á millares de madrileños; allí hay bandurrias y guitarras que convidan al baile, y horchaterías y fondas campestres, y hay, lo que la industria no puede ofrecer, mucha animación de los viajeros á la ida y muchos alegres recuerdos á la vuelta.

Biarritz tiene para nosotros especialmente un atractivo especial: el de hallarse junto al severo y elegante edificio alzado por la constancia y por la piedad; ese edificio al que va unido el nombre de una mujer sublime que nosotros pronunciamos con respeto y la pos-



MONSEÑOR RUFFO-SCILLA.

teridad pronunciará con veneración; ese alarde de buen gusto en lo artístico, que trazó el ilustre Marqués de Cubas, y que se llama el *Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús*.

* *

Otra de las novedades que encierra la decena es la presentación en la plaza de Madrid de una compañía de niños toreros, que por esta vez actúan de diestros de verdad, capeando, picando, banderilleando y matando reses bravas. Las autoridades no han creído del caso acordarse de que hay leyes protectoras de la infancia y de que, aunque semejantes leyes no existieran, siempre habría dentro del orden moral motivo bastante para prohibir un espectáculo que, si es en los hombres poco civilizador, demuestra en los niños algo más grave y digno de reprobación y censura.

Es muy problemático que los niños toreros sepan leer; es casi seguro que nadie se habrá tomado el trabajo de advertirles, tanto los riesgos de la profesión a que se lanzaron, como lo necesitado que está el país de que su agricultura no siga abandonada; de que su industria extractiva alcance el desarrollo a que está llamada; de que en las múltiples operaciones que transforman y modifican la materia es urgente se empleen sistemas y procedimientos que avoren y mejoren la modificación; de que las nuevas vías terrestres y las comunicaciones marítimas abren vastos horizontes al comercio; de que las artes industriales y las bellas artes guardan coronas y triunfos para los que con éxito las cultivan. Este dedalo de caminos que se ofrecen a la juventud, y a cuyo conocimiento debe tenderse desde la niñez, constituirá un verdadero jeroglífico para los noveles lidiadores, cuyo mundo se reducirá al apartado y al burladero, a las navarras y verónicas, al salto al trascuerno y a la estocada a paso de banderilla.

Pero no tienen ellos seguramente la culpa: cuando la sangre de esos niños riegue la arena, como recientemente ha sucedido en función análoga celebrada en Leganés, habrá que preguntarse si detrás de ese ciego arrojo de los niños puede existir algún interés de empresa que los sacrifica, y podrá estudiarse si semejante especulación puede y debe consentirse, y si está bien que los Gobernadores firmen el cartel que anuncia la corrida, y que los Alcaldes presidan el espectáculo y hasta amenacen con multas y cárcel a los lidiadores que no se acercan lo bastante a los cuernos del toro. Que a esto y a dejarse insultar por el populacho se reducen las funciones presidenciales en las corridas de toros.

De esperar es que, ya que existe una Sociedad protectora de los niños — porque, no lo duden ustedes, existe esa Sociedad — haga oír su autorizada protesta; que esto refresque la memoria de las autoridades, y limpiándose el polvo que cubre a la ley protectora de la infancia, se estudien sus artículos, y en alguno de ellos se encontrará sin duda algo que demuestre el incumplimiento de la prescripción legal. También puede abrigarse la esperanza de que el Congreso proteccionista que ha de reunirse en Cádiz, por iniciativa de una distinguida escritora, a fin de mejorar la situación de la niñez, tenga en cuenta el abandono en que siempre estuvieron y están los niños; para que, traduciéndose sus debates en acuerdos y sus acuerdos en proposiciones de ley, se derogue por inútil la hoy existente y se promulgue otra.

Que acaso por más nuevecita logre mejor cumplimiento.

Entre tanto escuchemos impasibles el pregón de: — ¡Eh, a la plaza! — repetido todos los domingos al principio de la tarde, en la seguridad de que al anochece oiremos asimismo pregonar:

— ¡El Enano, con la cogida del torero Tal!

* *

Ayer me encontré, durante la fuerza del calor, a mi amigo Facundo, que subía penosamente el paseo del Prado con un bulto enorme bajo el brazo.

— Vengo muerto — me dijo al encontrarme. — Si quisieras limpiarme el sudor...

— Ya veo que traes las manos ocupadas.

— Sí, hombre: tres horas he tenido que aguardar en la estación para que me despachasen este encargo, y después no he encontrado un mozo que me lo traiga ni un coche en que meterme. Vengo jadeante, sudando y desesperado; pero no es eso lo que más me fastidia.

— ¿Pues qué, entonces?

— Que llamen al punto de donde vengo la estación de las Delicias.

* *

— Le veo a usted armado de caña y chistera. ¿Qué tal se ha dado el día?

— Bien, hombre.

— ¿Pican? ¿Pican los peces?

— He pescado uno de tres libras.

El pescador saca orgullosamente el pez, lo enseña a su interlocutor, y dice sentenciosamente, haciendo gala de su erudición zoológica:

— Rara avis, ¿eh?

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

MONS. LUIS RUFFO-SCILLA.

Mons. Ruffo-Scilla, Nuncio apostólico que fué en la corte de Baviera y Arzobispo titular de Petra, ha merecido la alta distinción de representar a Su Santidad León XIII en las fiestas celebradas en Inglaterra, con ocasión del jubileo de la reina Victoria, y de ser el encargado de ultimar el restablecimiento de las relaciones políticas entre el Vaticano y el Gobierno inglés. La alta significación del Prelado, y la confianza que ha merecido para tan delicado encargo son garantía de acierto, siendo evidente que a la política de atracción del Pontífice sucederán en lo porvenir resultados no previstos por la diplomacia, aunque los vean claros todos los hombres de buena voluntad.

La prensa inglesa ha dado minuciosa cuenta de las atenciones políticas y de las solemnidades religiosas que han señalado la estancia en Roma de Mons. Luis Ruffo-Scilla.

ESCENAS DE CAZA.

Terminado el período de la veda los cazadores vuelven al ejercicio de su distracción favorita, dispuestos a no dejar tranquilidad ni reposo a nada que cruce los aires, ni se agite sobre la superficie de la tierra, buscando su guarida entre las quebraduras del terreno ó en las profundidades del bosque. Por confidencias de algún notable cazador, sospéchase que en el ejercicio de la caza no guía el exclusivo afán del producto, ni la muerte de los tímidos animalejos a los que se persigue, entrando por mucho la distracción del paseo, la compañía alegre y las aventuras inherentes a semejante distracción.

El grabado que hoy publicamos representa una escena de descanso en una cacería.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA.

(Cuadro de Bartolomé Esteban Murillo.)

La figura y representación de Murillo dentro del arte español son tan notorias, que se hace innecesario de todo punto una biografía y un juicio crítico; y el cuadro de *Santo Tomás de Villanueva*, que hoy reproducimos, tiene en su favor el justo y universal crédito que ha logrado en el mundo del arte.

SINE-FIDE

(Continuación.)



¿No hay cuadros, ni estatuas, ni corrales de comedias, ni de otras cosas de que yo siendo muy niño, tuve noticia por conversaciones que oí a mi padre; porque vinieron en la cuenta de que todo aquello era pura mentira, dado que la historia se formaba y escribía con aquellas bagatelitas, y resultaba un puro enredo, por lo que, de camino que quemaron los cuadros y demolieron las estatuas, echaron a la hoguera cuantos libros hubieron a las manos, a fin de evitar que nadie creyese por ellos, en lo sucesivo, ningún género de patrañas. A este punto de su discurso llegaba el bueno del sinfideino, cuando le vino a interrumpir un suspiro tenue y tristísimo que salía del inmediato aposento. Los recuerdos de lo pasado me habían hecho olvidar lo presente, dijo el joven; venid. Y llevando al extremo opuesto a D. Francisco, continuó diciéndole en voz baja: «En ese aposento está mi hermana, mi única hermana, mi única familia, el único sér querido que tengo en el mundo, y mi hermana se muere sin tener fiebre ni dolor. Se muere de languidez, de tristeza, no sé de qué; pero la veo acabarse como una flor que se marchita, y el corazón se me hace pedazos. ¿Sabéis de algo que la pueda aliviar? Yo creo que no sabéis nada. No me inspiráis confianza ninguna; que en esto no cabe engaño; porque yo vigilaré con el arcabuz dispuesto ¿lo entendéis? Y no haré lo que esos necios que jamás disparan porque desconfían del acierto, de la pólvora y del arcabuz. ¿Qué me importa a mí morir si mi hermana se muere?

Al llegar aquí el sinfideino mostraba el más vivo dolor en los negros y rasgados ojos preñados de lágrimas. D. Francisco le pidió permiso para ver a su hermana, no sin darle a entender, sin embargo, que nada sabía de medicina, cuya manifestación fué acogida con júbilo por el afligido joven; que teniendo el hábito de no creer lo que oía, se afirmó en la idea de que su huésped era un famoso doctor, y formó el proyecto de hacerle curar a su hermana de grado ó por fuerza.

CAPÍTULO III

De cómo el protagonista de esta historia se enamoró perdidamente de una hermosa joven.

Entraron los dos jóvenes en el aposento de la enferma, que era una niña como de diez y nueve años, con la hermosura de todos ellos, reunida y acrecentada por la misma languidez y tristeza de su mal, el que muy luego contagió a D. Francisco, hiéndole en lo más íntimo de su alma; porque desde aquel punto comenzó a sentir gran desasosiego en el corazón, como si del pecho se le quisiera escapar. Coloreáronse vivamente las mejillas de la enferma, y brilló en sus ojos no sé qué luz, que Pablo, así su hermano se llamaba, se apercibió de la mudanza y dijo a D. Francisco: «Verdaderamente vais a volvernos la vida y el contento; porque ya le veo asomar en el semblante de mi hermana, lo cual no creía si no lo estuviera viendo.» Plegue a Dios que así sea, contestó D. Francisco sin salir del embeleso en que le tenía la contemplación de su enferma, que le duró algún tiempo, hasta que volvió la niña a suspirar, que lo hacía muy a menudo, y recordando el mal y su improvisada ciencia, dijo a D. Pablo que quería tener una entrevista con el doctor que hasta allí les visitara. «Excusad, señor, ese trabajo, le contestó la niña; porque nuestros doctores están ya tan acostumbrados a no curar, y nosotros tan decididos a no dejar que nos maten, que no paran en la ciudad a ninguna hora del día, porque se van al campo así que amanece a ver si matan alguna caza para no olvidar del todo el oficio.» Rióse D. Francisco celebrando el donaire y diciendo que no tenía mucho daño quien tan bien su genio mostraba; pero le salió al atajo el hermano diciéndole con muchas veras: «No toméis a chanza lo que dice mi hermana, que ello es así la pura verdad. Cuando la fe se acabó en la isla, dejaron de tenerla en sus recetas los doctores, y los enfermos perdieron la poca que tenían en ellos, por lo cual vinieron por común asentimiento a reducir las pócimas, bien persuadidos de que de lo malo cuanto menos mejor. Para ganar fama y atraer voluntades se esforzaron los doctores en llevar a cual más lejos podía este sistema, y llegaron a reducir las pócimas a gotas y a migajas, no faltando quien afirmara que había descubierto el modo de reducirlo todo a viento y le bastaba soplar sobre el enfermo para sanarle. Otro dijo que tenía la ciencia en los ojos, y mirar y curar todo era uno. Así las cosas, llamaron la atención del Consejo, y después de meditarlo mucho dijeron que puesto que los doctores eran muchos, y ya que no bien podían hacer mal, se redujera todo a un pecho ó gabela que les pagarian los que enfermasen y bastaba tener el recibo de tal pago para que los doctores quedasen satisfechos, las familias sosegadas sin el sobresalto de sus visitas, y los enfermos persuadidos de que no se morirían sino de la última é incurable enfermedad. Ahora lo que habéis de hacer es ocultar que sois del gremio, porque os saldrán al camino y os pondrán interdicto dándoos no poco que sentir.»

Quedó absorto D. Francisco pensando si aquella isla estaba encantada, ó él durmiendo en su cama y víctima de alguna pesadilla; pero la realidad de lo que veía y tocaba era de tanto bulto, que no le permitía convencer de mentirosos a sus sentidos, y así se decidió a seguir aquella corriente, un tanto temeroso de perderse en ella, porque empezaba a sentir vahídos de desconfianza de ser el mismo D. Francisco que antes era aquel improvisado doctor. Quiso tomar el pulso a la joven y hallóle como loco, como su corazón, y creyendo que convenía hacer algunas preguntas, empezó a discurrir por donde ya le dolía, que eran los celos, y a preguntar a la niña si había enfermado por mal de ánimo, por amor.

Contestó ella que no, con viveza, y D. Pablo confirmó la negativa con risa, diciéndole que bien mostraba en todo ser extranjero, pues no sabía que en Sine-Fide no se conocía el amor, y como D. Francisco se manifestase demasiado sorprendido, le manifestó la causa de tan raro fenómeno, diciéndole que tan luego como una persona sentía por otra síntomas de amor la entraba la desconfianza de ser correspondida, y no comprendiendo siquiera que fuese posible la fidelidad, era el amor al hacer rabiosa comezón de celos, y tan desesperado suplicio que se tenía por una de las mayores dolencias, y así trataban de curarse y huían de todo lo que podía servir de cebo a la pasión; que algunos más flacos ó menos diestros en curarse por sí se iban a la casa de Orates, y allí les daban sopa en vino y alimentos sanos en crecida cantidad, y sujetándoles a trabajos corporales, les hacían dormir largas horas, con cuyo régimen les solían volver a su juicio, y a otros les ocupaban en llevar las cuentas del Estado, para que matasen con los números los

vuelos de la fantasía. Preguntó D. Francisco si no había matrimonios en aquel país, y se le contestó que se habían suprimido hacía muchos años, por la misma razón de no ser posible que hubiese acuerdo entre los enamorados. «Suprimida la religión», dijo D. Pablo, se echó de ver que no había verdadero matrimonio y aun cuando se acudió a poner remedio mandándose que los contrayentes fuesen a decir al corregidor su propósito, y que éste lo hiciera constar en su libro, aconteció que al decirle, esta señora y yo queremos vivir amorosa y cuerda, como marido y mujer, para siempre jamás; el corregidor decía que siendo él ministro de verdad no podía escribir mentiras en libro que llevase su firma, y ponía que Fulano y Mengana querían vivir en concubinato arañándose y mordiendo; y esto temporalmente mientras no les diera otra idea; cuyos apuntes y actas fueron examinados por el Consejo, y salió de aquí, como era de esperar, que ni los contrayentes ni el corregidor tenían que molestarse con aquellas zarandajas, y que siendo todo un puro embrollo, quedaba el matrimonio suprimido de raíz. Hízose D. Francisco al oír esto tantas cruces, que los dos hermanos, no estando acostumbrados a verlas hacer, creyeron que se volvía loco y trataron de sujetarle, lo que lograron sin esfuerzo, pero no queriendo causarle más impresiones aquella noche, que ya se acercaba a la mitad de su carrera, le indicaron que reposara en el lecho de D. Pablo, mientras éste dormía en la puerta del aposento de su hermana con el arcabuz en la mano y la cabeza apoyada en el arcabuz.

CAPÍTULO IV

De cómo D. Francisco alcanzó la curación de la enferma.

En los días siguientes el protagonista de esta verdadera historia visitó la ciudad, que era sucia, triste y fea sobre todo encarecimiento. Le chocó mucho no ver ninguna tienda en ella, pero no tuvo necesidad de que le explicasen la causa, que comprendió en seguida teniendo en cuenta que no podía haber compradores donde era natural imaginar que el mercader había de llevar el alma en las uñas. Quiso que D. Pablo le llevase a casa de sus amigos, pero en la ciudad no había quien los tuviera por miedo de que les levantasen préstamos y falsos testimonios. Tampoco pudo conseguir que saliesen a pasear a caballo, porque no fiando nadie en ellos para montarlos no había quien los domara. Como viera que los ratones andaban paseándose tranquilamente por las calles, preguntó si no había gatos en la isla, y le contestaron que los habían extinguido antes de que se cerrasen los figones y hosterías a fin de que no pasaran nunca por liebres.

Quiso hacerse un vestido y preguntando por un sastre le dijeron que se habían muerto todos de hambre; porque cuando se acabó la fe en la ciudad temieron sus parroquianos que les habían de clavar las agujas en el corazón, y nunca más dejaron que les desnudaran de la hacienda a trueque de vestirles el cuerpo. Ibanle molestando las barbas y trató de buscar quien se las rapara, lo que fué causa de escándalo para cuantos le oyeron, por ser allí la rasura castigo mayor que el de galeras, y tan temido que a muchos costó la vida no más que verse la navaja al cuello.

Estas observaciones le causaron tanto disgusto, que acabó por no salir de la casa donde tan generosa posada, que nunca la supo encarecer bastante, tenía, y como cada día estaba más enamorado de Elena, que así se llamaba la hermana de D. Pablo, no echaba nada de menos en aquel cielo de su retiro. La hermosa enferma advirtió la pasión del huésped antes que éste se decidiera a declarársela, lo que hizo con todo estudio, imaginando con razón, que si en las palabras se adelantaba, corría grave riesgo de no ser creído jamás. Con este desusado sentimiento entró en la casa, y en el alma de Elena, una nueva vida, que muy luego fué comunicándola frescura y lozanía, como a la flor que se marchita por falta de aire y de luz, el regalado soplo del céfiro que la mueve sobre su tallo y el amoroso abrigo del sol del mediodía.

La pobre enferma lo estaba de sed de creencias, de esperanzas y de afectos, y el caballero español la mostraba cómo la mano de Dios había escrito con estrellas sus maravillas en el firmamento, y cómo su claro y transparente azul era menos claro que la Virgen de Nazaret. Oíale D. Pablo con extrañeza, pero sin desagrado, viendo como aquellas palabras, que dulcemente llenaban el corazón, iban curando el de su hermana tan de prisa, que en pocas semanas nadie la hubiera llegado a conocer. Poco práctico en el conocimiento de los afectos, no leyó en los ojos de los enamorados, ni se apercebía de que

lo estaban, hasta que tanto hubo crecido en ellos la pasión, que no podían vivir sin declarar a todo el mundo lo que ellos se habían dicho muchas veces, y así un día, tomándole de la mano D. Francisco, le dijo que le perdonase si antes le había encubierto con disimulo el amor hacia su hermana; pero fiando en que la tenía demasiado cariño para quererla ver dichosa, le advertía que ninguno de los dos podía serlo sino concertando en seguida su casamiento. Quedó D. Pablo aturrido con la nueva, y estuvo muchos días sin creerla hasta que sus observaciones le certificaron la verdad, y sucedió lo que verás en el siguiente

CAPÍTULO V

En donde se ve el alboroto que el suceso de estos amores produjo en Sine-Fide.

Una vez que el sinefideino se persuadió de que su hermana no sería dichosa si no se llevaba a efecto aquel casamiento, se empezó a acongojar, porque no imaginaba cómo pudiera llevarse a cabo en un país donde no estaba el matrimonio sancionado. Don Francisco se rió de buena gana de su preocupación, si el afecto entrañable que le tenía se lo hubiera permitido; porque como enamorado y mozo lo veía todo llano y así le aseguraba que no había nada más fácil que tomar una barca y salirse de la isla, porque a donde quiera que el viento le llevase, habían de hallar clérigos que bendijeran su unión, que era lo único que se necesitaba para que hubiera matrimonio, todo lo cual podía emprenderse bajo su fe de caballero y juramento que hacía delante de Dios de tomar a su hermana por esposa. Dando vueltas y más vueltas a su magín, llegó D. Pablo a pensar, que puesto que D. Francisco era extranjero no debían rezar con él las leyes de Sine-Fide, y siendo aquel caso nuevo y no previsto, no había razón de considerarle comprendido en la ley común, que en todo caso podría el Rey dispensar. Luego que se afirmó en este raciocinio se decidió a traducirle en obra, y poniendo manos a ella se fué a palacio en derecha y expuso el suceso, demandando en él remedio.

Oyéronle con la indiferencia propia de quien no cree lo que se le dice; pero como se las habían con un hombre práctico en las cosas de Sine-Fide, les dijo que sin dar crédito a sus palabras pensarán en el problema que se les proponía y que luego quedaba a su cargo patentizar la verdad. No fué menester otra cosa para que uno de los circunstantes, que por cierto era un hombrillo algo cargado de espaldas, y feo como él solo por añadidura, comenzase a desmandarse con el rostro lleno de color, y los ojos de fuego diciendo que aquello no podía ser, y que si tal sucediese él propondría que se negase la demanda, y, por añadidura, que se tirase al extranjero al mar de cabeza para que nunca más volviese a inquietar la pacífica isla de Sine-Fide. No había concluido de hablar cuando otro le apostrofó con mucha saña diciéndole: «¡Ah, señor corcova! cómo se conoce que tenéis el alma en las espaldas adonde echándolo todo se os hace tanto peso! Ya sé yo de donde os viene tanto coraje en este asunto, y es porque hace tiempo que os andáis curando de la turbación que os produce el pensamiento que habéis puesto en esa honrada niña, y esto lo creo por lo mismo que lo negáis, así como también creo el extraño suceso de esas bodas, por lo mismo que decís no ser posible; por lo que yo aconsejaría al rey que decretase el oportuno ceremonial para ellas y entrara en él ahorcaros bonitamente para quitar de Sine-Fide tan grande fealdad y de este casamiento tan feroz enemigo.» Oír esto y venir el corcovado hacia su adversario, hecho un veneno, fué una misma cosa; y como éste no era manco ni cobarde, se dieron tan buena cachetina que si no los separan presto, ó el hombrillo queda derecho, ó corcovado su competidor; porque hacía mucho tiempo que tenían ganas de hacer esta prueba, por causa de cierto destino que servían alternativamente, según andaban las cosas en palacio. No paró aquí la gresca, sino que luego que los amigos de uno y otro tuvieron conocimiento del caso lo tomaron tan a pechos que, dominados por el espíritu de bandería comenzaron a denostarse, y pasando de las palabras a las obras, vinieron a las manos, armándose gran tumulto en la ciudad. Era evidente que al principio ninguno de los dos bandos creía en aquellos amores que desde luego tomaron como fábula y pretexto urdido de antemano para sacar de sus casillas al hombre de la corcova; pero a medida que lo fueron haciendo cuestión de amor propio y cosa más que ajena, les pareció a muchos que no había cosa más cierta en la redondez de la tierra; porque ya no era caso de dar crédito a otro, sino a sí mismo. Debe decirse en honor de la verdad que muchos de los

que se pusieron de parte de los enamorados seguían el camino trillado de la incredulidad; pero aun éstos pedían a gritos que se les obligase a casar porque así lo pedía el sosiego público. A todo esto D. Francisco, que había salido con D. Pablo, como lo hacía siempre para darle muestras de delicadeza y veneración al recato de su hermana, se paseaba por los alrededores de la ciudad cuando llegaron a sus oídos las voces de los que gritaban, y el rumor de los que despiadadamente se estaban acuchillando, y sin poderse contener se dirigió hacia la casa, donde suponía que Elena y su hermano podían necesitar de su socorro. Cerca estaba ya de la puerta cuando oyó que los amotinados gritaban unos ¡viva el español! ¡vivan los novios! y otros contestaban ¡mueran! lo que no pudo menos de llenarle de confusión; pero apenas había tenido tiempo de reflexionar sobre tan extraño caso, cuando vio a D. Pablo que venía huyendo de sinefideinos, por lo que se puso valerosamente a su lado, y deteniendo su fuga el caballero, hicieron prodigios de valor, animados por la presencia de Elena, que desde la ventana pedía socorro para ellos anegada en amarguísimo llanto.

Allí hubiera visto el trágico fin de su prometido y de su hermano, porque eran muchos los que cerraban contra ellos, a no ser por una bandada de alguaciles que cayó sobre ellos de improviso, mandándoles detenerse y haciéndoles saber como el Rey había providenciado que fuera a su real presencia el extranjero, y que luego que con él hubiese conferenciado declararía lo más conducente al sosiego público y bien común. Tranquilizáronse todos con esta medida, y D. Francisco entró en la casa seguido de D. Pablo a prepararse convenientemente para la regia entrevista, no sin que los alguaciles dejaran de cercar las avenidas, desconfiando de la puntualidad y buen deseo de D. Francisco, so pretexto de que le querían hacer honor y compañía.

(Se continuará.)

LAS MENTIRAS



El primer principio de aquel que combate a la Iglesia con la pluma ó la palabra es el siguiente:

«Toda arma es buena contra la religión y sus ministros. El clericalismo es un enemigo, del que hay que librarse por todos los medios posibles. Dios es el mal; por consiguiente, todo lo que puede apartar de Dios a los hombres es esencialmente honesto y no puede haber deshonestidad religiosa. He ahí por qué la mentira, en el momento que perjudica a la religión y a los sacerdotes, es perfectamente lícita.»

Voltaire ha, más que otro ninguno, usado de esta arma pérfida; puede decirse que ha elevado la mentira a la altura de una institución.

El fué quien, el primero, formuló con cinismo esta abominable teoría. Hela aquí textualmente:

«La mentira no es un vicio más que cuando perjudica; es una grandísima virtud cuando hace bien. Sed más virtuoso que nunca. Hay que mentir como un diablo, no de tímida manera, no una vez, sino con audacia y siempre. Mentid, amigos míos, mentid.» (Carta de Voltaire a su amigo Thiériot, 21 de octubre de 1736. *Obras completas de Voltaire*, edición Garnier hermanos, segundo tomo de la correspondencia, pág. 153.) Luego poniéndose bajo el punto de vista de los enemigos de la religión, dado que el mayor bien que soñar se puede consiste en la destrucción total de la fe cristiana, mentir contra la Iglesia es practicar la virtud.

El escritor anticlerical y el orador impío tienen el deber de inventar todo lo que crean apto a desacreditar el dogma y el culto católicos, la calumnia es considerada como un sacerdocio.

La teoría es puesta todos los días en práctica en la prensa republicana irreligiosa y en la tribuna de los clubs. La misma teoría se enseña en las Logias de la Masonería.

En la filiación masónica del grado de aprendiz, primer escalón de la filiación, el venerable se expresa de este modo al hablar al recipiendario: «La mentira es el relato de un hecho contrario a la verdad; mas decir mentiras es contarlas y de ningún modo mentir.» (Ritual del aprendiz masón, por el H.º Ragón, Venerable de la Logia *Los Trinitarios* de París; edición sagrada, adoptada por el Gran Oriente de Francia, pág. 37.)

Así, cuando se descubre que un relato es falso, se puede, si es de naturaleza a echar el descrédito sobre los hombres y cosas de la Iglesia, repetirlo, reeditarlo, propagarlo; ya no es la mentira vitupe-

1 Del libro *Confesiones de un exilópensador*, por Leo Taxil.

nable, ya no es lo que el vulgo llama mentir. Al contrario, no hay nada más justo que amplificar las mentiras puestas ya en circulación por otra persona.

Uno de mis antiguos amigos, León Bienvenu, muy conocido en la prensa parisiense, escribió lo siguiente en una obra en la que empleó todos sus esfuerzos para hacer ridículo y odioso al papado: «Es imposible conocer todos los crímenes cometidos por los papas; contando dos ó tres veces más de lo que se sabe, no se diría aun toda la verdad.»

La declaración está despojada de todo artificio, como se puede ver; fué á manera de chanzoneta que el autor la dejó caer de la pluma. No importa; tiene bastante valor, pues es muy característica. Lo que León Bienvenu escribió en broma, todos mis ex-compañeros republicanos librepensadores hacenlo todos los días, sin decirlo.

¡Oh! Si cada cual viniese, como yo hoy, á confesar su parte de responsabilidad en las mentiras acreditadas cerca del pueblo ignorante, no quedaría nada de las calumniosas leyendas imaginadas por unos y por otros amplificadas!

Para reparar, en la medida posible, el mal de que he sido, ya autor, ya cómplice, estoy en el deber de confesar todas las mentiras que he escrito, creyendo, insensato, hacer una buena obra, conforme á la máxima de Voltaire y de la Masonería.

Una de las más atrevidas mistificaciones de los tiempos modernos es, sin contradicho, la creación de un extraño personaje, del pretendido cura Juan Meslier, quien al morir había negado, decían, de la religión de que fué ministro.

La leyenda es á propósito para engañar á las personas sencillas; por eso los anticlericales la explotan que es una maravilla.

Yo mismo me apresuré á editar en la librería de la calle de las Escuelas las obras del cura Meslier y 30.000 volúmenes, lo menos, se extendieron entre el público.

Sin embargo, cuando yo pensaba en la reimpresión de aquellas obras, ignoraba que la leyenda del Cura incrédulo fuese una impostura. Las primeras dudas acerca de la autenticidad de la obra me vinieron al corregir las pruebas del primer tomo.

Una contradicción flagrante me llamó la atención, consulté y en seguida descubrí la verdad. Mas entonces la edición estaba en prensa, y todo bien examinado, me dije que era de muy buena guerra engañar al público del siglo XIX, siguiendo el ejemplo de Voltaire que engañó al público del siglo XVIII.

El cura Meslier es, pues, una invención de Voltaire, ó, á lo menos, Voltaire fué quien le puso en boga. La primera idea fué del amigo Thiériot.

Thiériot pensó que la religión recibiría un terrible golpe, si se publicaba una obra impía dándole como autor un Cura rural. Trátase para salir bien en presentar la obra como póstuma, no habiendo querido el escritor sacerdote causar semejante escándalo durante su vida.

A Voltaire agradó mucho la idea de Thiériot; sin embargo hubiese querido poner en escena, no un Cura vulgar, y sí un Obispo.

«¿Quién es ese Cura rural de quien me habláis?, escribía Voltaire á su cómplice, el 30 de noviembre de 1735. ¡Es preciso hacerle Obispo de la diócesis de Saint-Urain.» (Obras completas de Voltaire, 2.º tomo de la correspondencia, pág. 555.)

Thiériot observó, sin duda, que si se atribuía la obra á un Obispo, la superchería sería en seguida descubierta. Al efecto, el filósofo impostor renunció á exagerar el escándalo; concluyó por contentarse con un modesto Cura rural, lo más desconocido posible, para que se viese menos la manifestación de la mentira.

Hallóse un pueblo inaccesible á los investigadores. Etrépnigny, aldea perdida en el fondo de la Champagne. Se inventó que un sacerdote, de nombre Juan Meslier, había sido Cura de Etrépnigny, el cual muerto en 1733 había dejado un testamento muy curioso, en el que pedía perdón á sus feligreses de haberles, durante toda su vida, inducido en error, enseñándoles la religión. El testamento lleva el título, *Extractos de los sentimientos de Juan Meslier dirigidos á sus feligreses*, y fué escrito desde la primera línea hasta la última por Voltaire, cuyo estilo puede fácilmente adivinarse.

La primera edición se publicó en 1762; mas Voltaire tuvo el cuidado de anticiparla veinte años. El impresor escribió á la cabeza de la obra la fecha de 1742, y los lectores se imaginaron tener en las manos un opúsculo puesto en evidencia de repente, y como la tirada se hizo en papel viejo, cada cual creía haber hecho un hallazgo.

Y Voltaire, al final del apócrifo documento, escribía con su habitual desfachatez:

«He aquí el resumen exacto del Testamento de Juan Meslier.»

Juzguéese de qué peso puede ser el testimonio

de un sacerdote moribundo que pide perdón á Dios.»

Para mejor engañar al público, Voltaire no presentó á su Cura imaginario como un ateo; era un deísta *sui generis*, que reconocía un sér supremo cualquiera; pero que consideraba el catolicismo como una religión falsa. La impostura tuvo admirable éxito. Los filósofos enciclopedistas hallaron excelente la invención de Voltaire. Uno de ellos, el barón d'Holbach, fué encargado de completar la obra del maestro en el arte de mentir; registró uno de sus propios libros, obra materialista intitulada *El sistema de la Naturaleza*, é hizo de él *El buen sentido del cura Meslier* que se añadió al testamento.

Mas, — sea dicho entre nosotros — es preciso que la humana necedad no tenga límites; pues no es necesaria una lectura muy atenta para descubrir la superchería de los inventores de Juan Meslier, aquella obra, tan extendida entre las clases populares, se divide en dos partes: el testamento del pretendido Cura, y su exposición doctrinal *Le Bon sens* (El sentido común). La primera parte es anti-cristiana; mas reconoce la existencia de un Dios; en una palabra, es teísta, á la moda volteriana; al contrario, la segunda parte es descaradamente materialista y atea.

Esta fué la contradicción que me chocó al corregir las pruebas de la reimpresión hecha por la Librería Anticlerical. Me apresuré á cortar el testamento y le reservé para un segundo tomo, con el fin de que el disentiimiento de los dos colaboradores en impostura no se notase demasiado. Y de esta suerte, el testamento fué, con mi trabajo, reunido á otra obra del barón d'Holbach, la cual formaba una sediciosa historia del clero, con el título *Los Sacerdotes sin máscara*; el conjunto atribuido siempre al Cura Meslier, publicado en tomo escandaloso con la rubrica: *Lo que son los Curas*.

Finalmente, un tercer tomo de d'Holbach, *La moral universal*, fué intitulado *La Religión natural* y completó la pretendida obra del Cura de la Champagne.

Había yo amplificado la mentira de Voltaire.

En verdad me pregunté muchas veces, no sé cómo entre los 30.000 lectores de la edición de la calle de las Escuelas nadie conoció el subterfugio.

La prensa republicana, que no ignoraba la hilvanada superchería, prodigó en aquella ocasión mil alabanzas á la librería anticlerical y ponderó la utilidad de la reimpresión de las obras de Juan Meslier. Es verdad que nuestra casa de propaganda era muy considerada por los administradores de los periódicos demócratas; pagaba muy bien los anuncios, podría muy bien citar una agencia de publicidad que por las amables inserciones de los queridos compañeros cobraba entonces, en nuestra caja irreligiosa sumas que variaban entre cuatro y seis mil pesetas al mes.

Puesto que con motivo de mis confesiones he tenido que hablar del seudo-cura de Etrépnigny, no puedo menos de contar la aventura ridícula sucedida á la Convención á propósito del imaginario sacerdote.

El 17 de Noviembre de 1793, un convencional, Anarchis Cloatz, aquel pobre loco que tomaba por lo serio las fábulas más absurdas y las más extravagantes utopías de la revolución, aquel D. Quijote de la filosofía naturalista subió á la tribuna y propuso levantar una estatua á Juan Meslier, *el primer sacerdote*, decía, *que tuvo valor y buena fe para abjurar los errores religiosos*.

La proposición se mandó al Comité de Instrucción pública, el cual procedió á una información. Sólo que fué imposible seguir el admirable proyecto, pues la comisión descubrió sin esfuerzo que el Cura apóstata no había existido jamás. Sin embargo, como reconocer la verdad hubiese sido perjudicar al librepensamiento y hubiera equivalido á proclamar la impostura de Voltaire y de d'Holbach, dejaron que el asunto cayese en el más completo olvido, y el Comité de Instrucción pública archivó el informe.

Poniendo todavía en práctica la máxima volteriana y masónica, tomé parte en la organización de una de las mentiras más odiosas que han sido imaginadas contra el papado. Me refiero á las infamias con las que se ha querido manchar la memoria de Pío IX.

Hacía ya algún tiempo que dos diputados del parlamento italiano, Petruccelli della Gatina y el conde Luigi Pianciani, se habían permitido insinuaciones de mal gusto acerca de la juventud del venerado Pontífice.

Una calumnia se recoge siempre con avidez por los difamadores de profesión. Estos se apoderan del menor cuento y le arreglan y aumentan á placer. La rana se vuelve en poco tiempo un buey. Folletinis oscuras tomaron pie de algunas palabritas maliciosas echadas á volar con dañada intención, y sobre ellas publicaron algunos oscuros libelos.

Esta clase de libejos se editan ordinariamente en Suiza y en Bélgica. Durante mi estancia en Ginebra, procuré algunos, y les guardé como oro en paño.

Un día, pues, se presentó ocasión de servirme de ellos.

He aquí como:

Los impresores de Montpellier, que me habían ayudado en la publicación de mis primeros folletos y en la creación del *Anticlerical*, se encontraban, en 1881 metidos en un negocio, del que no sacaron más que desengaños.

Un rico propietario del Languedóc, M. de L***, consejero general de la región, había sacrificado doscientas mil pesetas en la fundación de un periódico cotidiano radical á cinco céntimos, intitulado *Le Petit Eclaircur*. MM. Firmin y Cabirou, encargados de la impresión, compraron, al efecto, dos prensas rotativas y clichés, es decir, un gasto de treinta mil francos, poco más ó menos. El negocio, en que estaban interesados, montóse en grande. Solamente la especulación no salió bien. A vuelta de algunos meses, el órgano del radicalismo languedocense tiraba apenas cuatro ó cinco mil ejemplares y había derrochado cerca de ochenta mil pesetas del capital vertido.

MM. Firmin y Cabirou no sabían qué camino tomar. No veían en el horizonte ninguna esperanza de éxito; habían contraído para la organización material del *Petit Eclaircur* compromisos que estaban sobre sus débiles fuerzas; en una palabra, preguntábase cómo podrían sacar partido, pero con otras condiciones, de aquel negocio, á cuya disposición tenían aun considerables fondos.

En su calidad de impresores, conocían la excelente situación del *Anticlerical*.

Sabían, por otra parte, que mis escritos estaban muy extendidos, sobre todo entre mis compatriotas los meridionales. Formaron, pues, el proyecto de decidirme á ponerme al frente de *Le Petit Eclaircur*.

Recibí su visita en París.

Aquellos señores hicieronme las más brillantes proposiciones. Ofrecieronme la redacción principal del periódico, con muy buen sueldo; todo el personal de colaboradores sería renovado á medida de mi deseo; veinte mil pesetas de capital en caja debían servir para lanzar de nuevo el periódico, y las cien mil pesetas restantes serían mi propiedad al cabo de un año, si el periódico tenía éxito. La ganga no podía ser mejor. Además, yo no contraía la obligación de consagrarme exclusivamente al *Petit Eclaircur*, podía continuar dirigiendo el *Anticlerical* y escribir folletos y libros para la librería de la calle de las Escuelas.

Acepté, é inmediatamente firmamos el contrato. M. de L*** le aprobó y me remitió los cien mil francos en acciones, representando la mitad del capital del periódico. Con el fin de que mis acciones pudiesen ser convertidas en especies, érame preciso hacer que el periódico saliese de cualquier modo adelante.

Comencé por dar al periódico un título que caracterizaba su línea política: *Le Midi Republicain*. En seguida marché á Montpellier, llevando conmigo tres de mis colaboradores.

Uno de ellos se encargó del folletín, que debía ser inédito y escandaloso.

De este modo me vino la idea de utilizar los oscuros libelos recogidos en Suiza y que calumniaban la memoria de Pío IX. Yo soy quien dió la idea, y no la redacción, de la execrable novela, cuyo título me avergüenzo hoy en escribir.

Siendo la moralidad la virtud soberana de un Papa, era preciso representar al Pontífice difunto como un hombre perdido en los vicios. He ahí por qué la novela difamatoria fué intitulada: *los Amores Secretos de Pío IX*.

Mas no fué esto todo. Trátábase, para dar más sabor á la obra, de inventar un cura Meslier cualquiera. Hicimos un imaginario camarero secreto del Papa, á quien dimos el nombre de Carlos Sebastián Volpi, y la novela se publicó con esta apócrifa firma. A mayor abundamiento, escribí yo una carta del pretendido camarero, la cual se publicó á manera de prefacio y contribuyó á engañar mejor al público. En esto consistió toda mi colaboración. Ya se ve, si no fuí yo el autor de la novela, debo no obstante reasumir la mayor responsabilidad ante la pública opinión indignamente engañada. No tengo excusa ninguna: la idea madre fué mía, todo el cieno de mentirosas anécdotas, que el autor diluyó inventando personajes y aventuras, fué recogido y dado por mí.

Había llegado á mis fines. El escándalo del folletín llamó la atención sobre el periódico. Yo sostenía la boga adquirida, con mis otros colaboradores, publicando mil artículos, todos famosos por su extremada violencia. Un servicio telegráfico de primer orden fué organizado, y *Le Midi Republicain* adqui-

rió rápidamente el primer lugar entre los periódicos mejor informados de provincias. Quince días después de su aparición vendíanse de veintiséis a veintisiete mil ejemplares.

La aparición del periódico fué saludada por dos jefes de la democracia francesa.

«París 20 de Abril de 1881. — Soy con vosotros, queridos compañeros. Estoy con todos aquellos que llevan la juventud hacia la luz y Francia hacia la libertad. — VÍCTOR HUGO.»

Luis Blanc me dirigió la siguiente carta:

«París 18 de Abril de 1881. — Mi querido compañero: He sabido con gusto que piensa V. fundar en Montpellier, con el título de *Le Midi Republicain* un periódico que tiene por objeto la unión de los republicanos contra el clericalismo y el estudio de los problemas sociales.

Todas mis simpatías están con una obra tan bien definida.

Animo, pues.

Recibid la seguridad de fraterna abnegación. — LUIS BLANC.»

En una palabra, el éxito sobrepasó a todas las esperanzas de los propietarios del periódico. Los impresores estaban llenos de júbilo, el que daba los fondos comenzaba a recobrar las sumas que el *Petit Eclair* le había hecho perder.

Por lo que toca a los católicos del Languedoc, inútil es decir cuál fué su indignación. Mas es necesario alabar su conducta en aquellas circunstancias: su actitud fué muy resuelta. Las personas piadosas del Herault particularmente levantáronse indignadas; cada cual se sintió herido con las abominables calumnias dirigidas contra una memoria digna de ser venerada. En menos de tres semanas una protesta de las señoras de la diócesis de Montpellier se cubrió con más de dos mil firmas.

En resumidas cuentas, MM. Firmin y Cabirou no eran más que comerciantes, y no se ocupaban de otra cosa que de la parte material del periódico. Ningun odio personal animábase contra la Iglesia.

Cuando vieron las protestas que levantó la novela me rogaron que la suprimiese. *Le Midi Republicain* había ya adquirido mucha boga y muchos le apreciaban como hoja de noticias y sus artículos eran muy leídos.

Estoy en el deber de hacer esta declaración en favor de los propietarios del periódico. En el momento en que MM. Firmin y Cabirou y M. de L*** me pidieron con instancia que no publicase el folleto difamatorio, obedecieron a la presión de la opinión pública indignada. Mas yo estaba ciego. Mi rabia contra la religión era tal, que preferí sacrificar mis intereses. Por no desagradar a aquellos señores interrumpí la novela; la hice publicar en el *Anticlerical*, del cual era yo amo absoluto, y presenté mi dimisión de director de *Le Midi Republicain*.

Al romper en cuatro pedazos el papel notarial que me aseguraba una ganancia de cien mil pesetas en algunos meses, MM. Firmin y Cabirou se quedaron llenos de espanto. Me creían animado de furor inaudito contra el papado, pero no podían imaginarse fuese hasta el punto de poner debajo de los pies ventajas pecuniarias absolutamente excepcionales.

Como mi colaboración había contribuido mucho al éxito del periódico, me suplicaron que no le abandonase; hicieronme ver que *Le Midi Republicain*, teniendo mucha venta en la región, estaba seguro de porvenir magnífico; representáronme cuán posible era redactarlo sin caer en aquellos excesos y emplearon todos sus esfuerzos para no dejarme marchar. No quise volver sobre mi decisión y me volví para siempre a París.

Fué hacia mediados de Mayo cuando *Le Midi Republicain* interrumpió la novela contra Pío IX. Dos meses y medio más tarde, el 30 de julio, MM. Firmin y Cabirou eran conmigo citados por el sobrino del Soberano Pontífice.

Declararon ante el tribunal haber sólo prestado sus prensas para la publicación; al afirmar esto, decían la pura verdad. El verdadero culpable en aquel asunto, vuelvo a repetirlo, fui yo.

Además, utilicé por mi cuenta los libelos que había recogido en Suiza. Después de la novela, escrita por un amigo con la máscara del susodicho camarero Volpi, dí al público tres tomos intitulados *Pío IX ante la historia*; en esta obra me encarnicé sobre todo contra el Padre Santo en su calidad de jefe de la religión y de hombre político; las calumnias relativas a la cuestión de costumbres estaban resumidas en algunas páginas.

Se me ha pedido muchas veces que publique el nombre del autor de los *Amores Secretos de Pío IX*. Siempre me he negado a hacerlo, habiéndome rogado el autor que jamás imprimiese su nombre. Ahora aquel hombre se ha declarado mi enemigo; habiendo mi conversión traído consigo la clausura

de la Librería Anticlerical, púsose furioso contra mí; no me perdonó ser indirectamente la causa de la supresión de una casa que en cuatro años le había hecho ganar cerca de sesenta mil pesetas. Mas esta animosidad no justificaría una indiscreción que en suma no es de ninguna utilidad. Solo la obra es, en sí misma, mala, y esta es la que hay que retractar: por lo demás, ¿qué importa a las gentes honradas el nombre de su redactor?

Además, en el mundo de las letras, todos saben a qué atenerse. Mi antiguo cómplice se reconoció, el año pasado, autor de la infame novela delante de un cercano pariente de M. Henri Fouquier, y *Le XIX Siècle*, no creyéndose obligado a guardar la confidencia, nombró al escritor, dando acerca de él los más minuciosos detalles.

Mas dejemos de hablar de asunto tan abominable. Paso sin transición a otra serie de mentiras; después de las calumnias escritas paso a las calumnias de viva voz.

Las sociedades de librepensamiento me pidieron muchas veces diese conferencias públicas en sus ciudades respectivas: estas manifestaciones ponían de relieve los grupos anticlericales y les daban ocasión de librarse a una activa propaganda.

Aceptaba cada vez que podía sin gran molestia. Mi tema favorito de declamación irreligiosa era el siguiente: *Los crímenes de la Inquisición*. Compuse sobre este tema un largo discurso, que, alargándose o encogiéndose a voluntad, duraba de cuarenta y cinco minutos a dos horas, según las disposiciones del auditorio.

Puse a contribución a todos los libelistas protestantes de los dos últimos siglos, quienes, ya se sabe, echan la culpa de mil crímenes imposibles a la Orden de Santo Domingo.

Está probado — por no citar más que un hecho — que Galileo no recibió jamás un papirote. Sin embargo, porque su famoso descubrimiento de la redondez de la tierra fué discutido, los enemigos de la Iglesia han sacado la consecuencia que el sabio había sido torturado.

¡Con qué apresuramiento recogí yo la falsedad! ¡Con qué lujo de indignadas frases hacíame yo el apóstol!

Pero mi héroe era Jordán Bruno, el monje apóstata del siglo decimosexto.

Hice, sacada de varios diccionarios enciclopédicos, la nomenclatura de todos los procedimientos de tortura empleados por la barbarie de la edad media, y pinté el martirio de Jordán Bruno, presentándole como habiendo sufrido todas y cada una de las torturas usadas en los antiguos tiempos. Multiplicaba de este modo las descripciones; la asistencia que me escuchaba lanzaba gritos de horror; y había de qué: uno sólo de aquellos suplicios, a los cuales, según mi relato, había sido sometido Jordán Bruno, hubiese sido suficiente para matarlo diez veces.

Guardábame muy mucho, en mis relatos exagerados adrede, decir que las pocas crueldades cometidas eran propias, no de la religión, sino de la época, y que los verdugos de la edad media estaban al servicio, no del Papa y de los Obispos, y sí de los Magistrados ordinarios.

Si hubiese perseverado en el camino en que me había lanzado, creo que hubiese terminado por hacer de Cartouche, un héroe libre-pensador, víctima de los Curas, y decir que el clero le hizo sufrir el suplicio de los borcégues y de la rueda.

¿Quién sabe...? Vendrá un día en que algún orador anticlerical pintará los horrores de la Jaquería, afirmará con la mayor seriedad que los campesinos socialistas del siglo XIV no eran sino capuchinos ebrios de sangre y desencadenados por Francia. El orador que cuente la historia de aquel caballero de Beauvois, cuya esposa é hijos fueron obligados a devorar las carnes ensangrentadas del esposo y del padre, tendrá un auditorio que le aplauda, si tiene cuidado de imputar esa atrocidad republicana a algún célebre prelado ó a algún fundador de orden religiosa.

En una exhibición foránea vi un día a uno de esos hombres que enseñan curiosidades y cuya especialidad son los instrumentos de tortura. Entre otros objetos, presentaba al público una especie de doble garfio, que había comprado en una ciudad del Norte, y que provenía, decía, de la herencia de un antiguo verdugo. Aquel horrible aparato servía a lo que parece, en los tiempos bárbaros, para arrancar los pechos a los criminales impúdicos. Pedí prestado el objeto al artista foráneo, é hice que mi herrero me fabricase uno parecido.

En mis conferencias hacia yo circular el instrumento por toda la sala.

La primera vez dije:

«Ciudadanas y ciudadanos, este instrumento de

Famoso bandolero francés. — (Nota del T.)

suplicio, llamado *Araña* ó *Arranca-pechos*, es semejante al que tenía el verdugo de Abbeville, cuando de orden de los Curas martirizaba al joven librepensador Lefebvre de la Barre.»

La *Araña* tuvo un éxito verdadero de horror.

Animado por semejante resultado, insinué en la conferencia siguiente que el instrumento comprado en el departamento del *Somme* podía ser el mismo que había servido, etc.

En la tercera conferencia la *Araña* era una reliquia del librepensamiento. Ignoro lo que habrá sido del tal aparato. Quizás haya sido recogido por algún grupo anticlerical que le conserve preciosamente. Si así fuere, me apresuro a informar a los interesados que al joven de La Barre jamás le arrancaron los pechos.

El honor de semejante invento es debido a un redactor de *Le Mot d'Ordre*, Edmundo Lepelletier, — y que la *Araña* en cuestión fue fabricada, hace cinco años por M. Mezet, herrero de la calle de Bievre, 6 — por la cantidad de cincuenta pesetas. Debo también añadir que M. Mezet ignoraba para qué había de ser destinado el objeto por el fabricante, y si algún día lee este libro, se admirará al saber que el extraño instrumento salido de su fragua se ha convertido en reliquia anticlerical.

Tales son las principales falsedades en que tomé parte directa.

Recordaré todavía algunas viejas leyendas imaginadas por los libelistas protestantes, y que yo reedité dándoles el picante de nueva salsa; tales son: *Juana la papisa*, *la cuestión de Catalina Cadère*, las calumnias imaginadas contra León X, etc. etc.

Los libros de estudios sacerdotales acerca de los casos de conciencia también me prestaron materia a calumnia. Estos libros están en latín; desde luego me fué sumamente fácil publicar una traducción hecha con la mayor mala fe. No hay nada más sencillo que torturar los textos, exagerar el pensamiento de los teólogos, y adrede herir el pudor del público empleando palabras groseras que el lector atribuye al clero. De este modo se puede desfigurar y hacer absolutamente abominable cualquier tratado de medicina: Aquellas inmundicias las intitulaba: *Los libros secretos de los Seminarios*. Pablo Bert me había dado ejemplo; seguía alegremente, contento con turbar las almas y perderlas engañándolas.

Con semejantes intenciones di varias conferencias sobre la *confesión*. Mi prevención era la última palabra de la exageración. Según mi parecer, no había más que ministros indignos; todos los apóstoles eran unos Judas.

Y sin embargo, mejor que nadie, hubiese podido testificar que el secreto de la confesión no se descubre nunca.

Pero, en aquellas horas de locura, olvidaba a mi confesor de San Luis, aquel buen sacerdote, que viéndome hacer una comunión sacrilega, estuvo a la muerte y no abrió la boca para revelar la misteriosa causa de su mal.

¡Ah! ¿podré, me pregunto muchas veces, reparar la infinidad de mis crímenes?

Una de mis mentiras se convirtió una vez en una falsedad.

Tuve la imprudencia de dirigir al Soberano Pontífice, nuestro Santísimo Padre León XIII, una de mis novelas impías. Hablando del envío con uno de mis amigos, tuve la idea de hacer correr la voz de que había sido excomulgado; mi amigo no había aún hecho circular la falsa nueva, cuando un periódico católico de Roma anunciaba la condenación de mi libro. La falsa noticia, publicada por vanidad, era verdadera.

En seguida pensé en ridiculizar al papado, sirviendo al público una bula de excomunión apócrifa. Todos los periodistas republicanos reprodujeron la bula, burlándose, a cual mejor, del Vaticano. Pues bien: en honor de la verdad, el documento macarrónico no venía del Vaticano. Abrid, queridos compañeros, abrid la obra de alta fantasía que se llama *Tristram Shandy*, por Sterne; y en ella encontraréis mi excomunión, en el capítulo LXXVII. Es como si se sirviese al público, a título de pieza auténtica, una receta del barón de Crac.

Sin embargo, me apresuro a declarar que no creo a mis compañeros republicanos tan ignorantes que no sospechasen el origen de mi bula. La mayor parte conoce el origen. Mas encontraron la jugada excelente y les faltó tiempo para hacerse cómplices en la nueva superchería.

Una mentira más ó menos en el partido llamado de la verdad, ¿qué importa?

En fin, terminaré mis declaraciones con el relato de una serie de cuentos azules, como siempre a cargo del clero, para el que invoco las circunstancias atenuantes. Tratábase, pues, de una mistificación. Un periódico ultrasocialista de París, *La Bataille*, la emprendió contra mí, porque no había, en

un proceso revolucionario, mostrado gran admiración por ciertos acusados que me parecían exhalar un olor algo fuerte á Prefectura de Policía. *La Bataille* me atacaba, diciendo que prestaba demasiado ligeramento oídos á las calumnias lanzadas contra los colectivistas y que era muy culpable en no impugnar semejantes cuentos.

Entonces me procuré el placer en mistificar al periódico socialista.

Escribí al director, M. Lissagaray, una carta concebida en los siguientes términos:

«Muy Señor mío: Soy uno de los secretarios particulares del Arzobispo de París. Por razones que no puedo daros á conocer, detesto cordialmente á mis superiores.

«¿Me permitiría usted colaborar en su estimado periódico? Os descubriré todas las intrigas que se traman en el Palacio Arzobispal, sin pedirlos por ello retribución alguna.

» Si me aceptáis por vuestro colaborador, dignaos insertar una palabra en la pequeña correspondencia.

» Por supuesto mi nombre quedará en la oscuridad. — Firmado: JUAN PEDRO.»

Al día siguiente leía en *La Bataille* estas sencillas palabras: «A M. Juan Pedro. Aceptamos muy gustosos.»

Comencé luego mis crónicas. Mandé á *La Bataille* las más formidables extravagancias, y ésta lo insertó todo sin pestañear.

Contaba yo, entre otras cosas bonitas, que Julio Ferry y Julio Simón habían ido á entenderse secretamente con Monseñor Gibert con el fin de asegurar á Monseñor Richard la sucesión del Cardenal. Era un cuento absurdo. Dió, no obstante, la vuelta á la prensa republicana.

Otra vez explicaba que los canónigos de Nuestra Señora se reunían en subterráneos, limpiaban viejos instrumentos de suplicio, y se disponían á servirse

de ellos en la próxima restauración de la monarquía legítima.

Todas las noticias que yo daba á *La Bataille* eran, poco más ó menos, del mismo calibre. ¡Y el periódico las publicaba! Otros periódicos parisienses le imitaban.

No hubo más que *Le Temps*, que pensó y dijo que los colaboradores de M. Lissagaray estaban *chiflados*. Aquellas insensatas crónicas duraron un mes, poco más ó menos. En la redacción del *Antidierical* reventaban de risa cada vez que yo echaba al correo una carta firmada «Juan Pedro». Estaban seguros de verla al día siguiente en *La Bataille*. Al fin me cansé, y Juan Pedro cesó de descubrir las intrigas del Palacio Arzobispal.

Esta aventura prueba con qué facilidad se acoge la calumnia en la prensa republicana, en el momento que aquella va dirigida contra el clero.

No se sabe muy bien la inteligencia instintiva que



ESCENAS DE CAZA.

existe para estas cosas entre los escritores librepensadores.

La más insignificante mentira, encendida en el más oscuro periódico, en un abrir y cerrar de ojos se inflama en toda Francia; es como un reguero de pólvora, al que se pone fuego.

El día en que los periódicos católicos se unan con la misma prontitud en defensa de los calumniadores, no tendrán tan fácil juego.

De todas maneras, habiendo practicado la teoría de Voltaire, debo confesar hoy mis falsedades, para atenuar su efecto si todavía hay tiempo.

Mas después de estas declaraciones, cuando en la balanza de las responsabilidades el platillo de mis imposturas está tan terriblemente cargado, que el público honrado me permita echar en el platillo contrario una verdad, á la cual fui siempre fiel, es la única buena acción que tengo derecho de reivindicar en mi favor, en medio de mis otras debilidades.

Hay una orden de santas mujeres que siempre me infundió respeto. Léanse mis horribles folletos y mis malos periódicos; en ninguno de ellos se encontrará un solo ataque contra las hermanas de San Vicente de Paúl. ¿Por qué me obligó la virtud de las hermanas á tan secreta admiración? Lo ignoro, yo no me lo explico, puesto que entonces me hallaba en completa aberración de conciencia. Lo cierto es que esta íntima admiración me dominó y fué más fuerte que todos mis vergonzosos instintos de librepensador furibundo.

¡Que mi vuelta sincera á la verdad me haga reconquistar la estima de la gente cristiana!

¡Y que no se tenga compasión de mí! ¡Que nadie se imagine que esta pública confesión me ha sido costosa!

No: siéntome, al contrario, aliviado de una carga pesadísima desde que he escrito estas líneas.

Soy feliz desde que rompí mi cadena, y compa-

dezo á mis antiguos cómplices de infamia, desgraciados que arrastran todavía el grillete de sus imposturas y no tienen valor para librarse de ellas.

LA REALIDAD DE UN SUEÑO



A otra noche me hallaba sentado delante de mi mesa; sobre el pupitre estaban esparcidas unas cuartillas de papel blanco, y sobre éste reflejaba con indolencia sus resplandores la luz del quinqué. Las paredes de mi cuarto están llenas de láminas de anatomía fisiológica y patológica; sobre la mesa, y entre un montón de libros tengo una calavera; á mi izquierda hay un armario, y encima de éste los bustos de Bach y Ar-

químicos: el arte y la ciencia, esto es, un alma y un cuerpo.

La noche á que me refiero era fría, lluviosa, y soplaban un viento Norte, que hacía estremecer en sus quicios las maderas del balcón. Sobre las doce serían cuando yo, abstraído en meditaciones, no sé si graves, pero realmente confusas, dejaba que la imaginación fantasease por ese inmenso vacío que se llama filosofía, sin rumbo ni concierto, y á merced sólo de las corrientes que impulsan la fiebre de la ambición y el afán de la gloria.

Habíame olvidado de una taza que contenía la aromática infusión de café, y de los versos que poco antes empezara, y dime á soñar, y á soñar tanto, que los mundos que la fantasía creaba eran á mis ojos reales, y mis manos los tocaban y mis oídos claros y distintos percibían sus rumores.

Nunca hubiera descendido á este miserable mundo de aquellas regiones fantásticas, por donde mi loca imaginación me arrastraba en rica carroza de nácar y concha, tirada por ángeles que volaban entre nubes de oro y resplandores de grana, si en mi brazo no hubiera sentido el suave roce de la mano de mi gato, que tiene há tiempo la extraña costumbre de subirse á mi mesa, y presenciar, apoyado en sus patas traseras, mis trabajos nocturnos.

— ¡Ah! ¿Eres tú? — exclamé levantando la cabeza y mirándole fijamente, no sé si despierto ó dormido aún.

— ¡Miauum...! — contestó el felino, abriendo descomunadamente su boca, enseñándome hasta la última muela.

— ¿Te aburres? — le volví á preguntar, como si el gato hubiera de responderme.

Maulló segunda vez, fijando en mí sus ojos, cuyas pupilas estaban tenazmente contraídas.

Confieso que aquella mirada me causó un horror inexplicable; el viento y la lluvia arreciaban; aparté mi vista del gato y la fijé en los bustos, y los vi moverse; anheloso ya, traté de levantarme de la silla y apagar el recuerdo de aquella desgraciada velada con el sueño; pero las fuerzas me faltaron, y no pude hacerlo. El gato había variado de posición; tenía una de sus manos puesta sobre la amarillenta y pelada calavera, y sus ojos brillaban tanto, que me deslumbraban. Su boca estaba contraída y parecía que sus labios se agitaban convulsivamente. Imposible me sería describir lo que pasó por mí; estaba aterrado, sin movimiento, sin voz y sin acción; únicamente podía disponer de la vista y del oído.

Es lo cierto que yo, en aquel estado, escuché una voz chillona y de un timbre metálico primero; luego otra semejante al ruido que produce el choque de dos platos rajados; después llegaban á mí acordes ora graves, ora agudos; ante mis ojos aparecían rombos, trapecios, líneas, números... y luego mi cabeza rodaba entre las voces, los acordes, los números y las figuras geométricas.

Había llegado mi imaginación al colmo de su delirio.

— Aquí tienes, — me decía el gato golpeando con una mano la calavera, — aquí tienes el resumen de la vida. No te afanes, ni trabajes tanto; ¿de qué te servirán tus largas veladas y tus continuos estudios? No seas tonto, haz lo que yo; como, duermo y dejo rodar el mundo, sin que me preocupe el mañana; cuando la muerte me sorprenda, moriré triste porque

dejo una vida que gozo; mientras que tú, siguiendo así, sentirás tristeza al morir por dejar una vida que no gozaste. La vida es el presente; y si no, mira esta calavera, esqueleto grosero y descarnado de una cabeza en cuyo cráneo germinaron mil ideas y se atropellaron centenares de pensamientos; observa esas huecas órbitas donde brillaron ayer miradas de ira y de compasión, de odio y de amor, de certidumbre y de duda, hoy las llena el aire. Mira estas quijadas sin dientes, qué caprichosa forma, qué horrible mohín; parecen la expresión irónica de una carcajada eterna. Mira y reflexiona. Ahora que tienes vida goza de ella; ahora que tienes boca liba el néctar del placer;

distinto: sólo materia hay en tí, y se manifiesta grosera y soez.

— Eres un insensato, — replicó el gato, y arqueó su lomo, abrió la boca y se tendió indolentemente frente á mí.

— ¿Pretenderás probarme lo contrario? — volví á preguntarle.

— Interroga á esos bustos y ellos te dirán si digo bien ó no. El mundo grabó sus nombres en las páginas de la historia. Eso solo les quedó de toda su grandeza.

Dirigió la vista á los bustos y éstos se agitaron á la vez.

— ¿Qué dice el artista? — añadió el gato con ironía.

— Que algo de verdad hay en el fondo de lo que has dicho — contestó Bach. — Tiene el hombre la tendencia de torcer sus aficiones y sus gustos, y caminar por derroteros desconocidos, hasta perderse. Pero dice bien nuestro amo: el hombre tiene un alma; tu ignoras lo que esto vale.

— Mucho valdrá — objetó el gato — pero poco luce; si salváis el alma, matáis al cuerpo; y si la materia triunfa, perdéis el alma.

— Has hecho sin querer la síntesis de mi pensamiento.

— Luego eres de los míos.

— Te engañas. Aunque yo no pertenezco al mundo de los vivos, conozco sus adelantos y sus progresos, y he comparado muchas veces el organismo humano con una locomotora, un compuesto de tubos y cavidades por donde el vapor se distribuye. ¿Qué es una locomotora sin vapor? Nada. ¿De qué sirve? De nada. El alma, cuando está unida al cuerpo, mantiene la armonía de sus órganos, hace fluir la sangre por las arterias, comunica su voluntad por los nervios y da animación á los sentidos, para apreciar las cosas que la imaginación crea. He aquí el punto desde el cual el hombre tuerce su destino, y se deja arrastrar, necio unas veces y orgulloso otras, por sendas que le conducen al desorden y al vicio. El sentimiento es del espíritu, y lo que el sentimiento rechaza no es bello. La belleza es la primera cualidad del arte; en él se extasia el alma, y el cuerpo goza muellemente del placer más puro é inocente.

— ¿Quieres que te hable con franqueza? — dijo el animal.

— Habla.

— No te he entendido.

— El alma no es comprensible al que no la tiene.

— Y el científico, ¿que dice á todo esto? — insistió el irracional.

— Que tú eres necio y Bach loco — contestó.

— Fácil te fué decirlo: veamos si lo pruebas.

Hubo un instante de pausa, hasta que interrumpió el silencio que reinaba en mi cuarto la grave y sonora voz del busto de Arquímedes, que

dijo:

Ni doy ni quito alma al hombre; tiene inteligencia y esto le basta. Yo también, como Bach, he seguido la marcha de los siglos y admiro sus adelantos y gozo en sus descubrimientos. El hombre tiene dos vidas: material la una y moral la otra. La segunda es la inteligencia que le sirve para buscar en las entrañas de la tierra el material necesario para construir su albergue; el oro y la plata con que poder cambiar su trabajo, la vida para las plantas que le nutren y el agua con que templar su sed. De las montañas sacó el hierro y construyó caminos; del agua y del fuego hizo vapor para que moviese la



SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA.

(Cuadro de Bartolomé Esteban Murillo.)

ahora que tienes ojos ciérralos para no ver las negruras del porvenir y ábrelos para gozar de la luz que el sol te envía. Tu corazón siente, pues ama; tu corazón late, pues vive. ¿De qué sirve esta calavera hoy? ¿Para que estudies en ella los huesos de que se compone, las cavidades que encierra, los agujeros que la traspasan y las líneas que la cruzan? Para bien poco sirve quien, como tú, pensó y tuvo voluntad y entendimiento.

— Calla, maldito — pude al fin exclamar. — El infierno te inspira, y por boca de Satanás hablas. ¿Acaso querrás compararte conmigo? Yo tengo un alma, un espíritu divino que jamás muere. Tú eres

pesada locomotora del tren y la hélice del buque; del imán se sirvió para mantener constante la corriente eléctrica y alumbrarse con su luz y transportar su pensamiento al infinito... ¡Ay, mi viejo amigo Bach; tu arte no hace más que alucinar los sentidos, haciendo escuchar ayes y carcajadas en la combinación de notas, presentando a los ojos valles, cielos, bosques y praderas, donde no existe más que una vara de lienzo chafarrinado. Mi ciencia recrea los sentidos con la belleza real, y al par que satisface al hombre sorprender el secreto de la naturaleza, encuentra en ella útiles para su vida material y medios para ponerse más en relación con sus semejantes. Los artistas tenéis la rara pretensión de poetizar el dolor, el hambre, la miseria y la desesperación. La ciencia mitiga el uno, aplaca lo otro y distrae los pesares. ¿Qué ganó el mundo con los cuadros de Velázquez y Ticiano? ¿Qué, con los dramas de Calderón y las comedias de Alarcón y Moreto? ¿Hizo mover el Dante con su Divina Comedia las ruedas férreas de la locomotora? ¿Separó Mozart con sus melodías los continentes? Soñáis tan sólo, y el sueño embota los sentidos, entorpece la inteligencia y postra la fuerza material del cuerpo. La ciencia es la luz, y ésta alumbra.

Calló el sabio y volvió a reinar el silencio más absoluto.

Mil ideas acudían en tropel bullicioso a mi mente. Quería contestar a Arquímedes y sobrándome razones me faltaba voz. Instintivamente dirigí la mirada a la calavera, y me pareció ver en sus hondas órbitas rayos de luz, y en sus descarnadas encías un ligero movimiento. Luego... habló la calavera de este modo:

—Injusto fué vuestro olvido: creísteis que yo nada podría decir en esta materia y estáis engañados; sé más que vosotros y voy a deshacer vuestras exageraciones. Este desgraciado —añadió dirigiendo al gato las luces fosfóricas que despedían sus fosas orbitarias— tuvo la pretensión de comparar su organismo al del hombre; ya contestó el amo a tu necio discurso, ya te dijo que el hombre tiene un alma, y como afirmó Bach, incomprendible para tí, que no la tienes. El alma humana es la fuente de la voluntad, el manantial de los sentimientos puros y buenos, el crisol donde analiza la conciencia nuestros actos, el matraz donde la razón depura la más pequeña idea y el más grandioso pensamiento de la inteligencia. El hombre debe estar orgulloso de tener un alma; no de tener un cerebro, órgano mezquino que ni piensa, ni quiere cuando aquélla le abandona. Dios quiso hacer del hombre el ser superior de la Creación, y le dió un espíritu inmortal para que gozara de las delicias del mundo y para que creara.

«El arte y la ciencia son creaciones del hombre; el primero debe servirle para recreo de su alma y satisfacción inocente de sus sentimientos; la segunda para perfeccionar los medios de vida que su Hacedor colocó sobre la tierra, pero jamás debe enorgullecerse con sus creaciones; obras son del alma, y así como ésta pertenece a Dios, a Él pertenece la gloria de aquéllas. Tú, que eres irracional, materializas la vida; Bach lo idealiza todo, y Arquímedes reduce a números y a elementos lo que es imponderable e inmaterial. Todos exageráis. Este, de cuyo cuerpo aun no se ha separado el alma, piensa mejor, pero vuestros argumentos llevaron a su ánimo la duda.

«Yo sabré ahuyentarla. Cógeme entre tus manos y estudia la más imperceptible huella que notes; así llegarás a conocerla y sabrás dirigirte; sustenta tu cuerpo, pero no olvides el fortalecer tu espíritu. Busca en el arte tu recreo y en el amor puro hacia tus semejantes la satisfacción de tus pasiones. Si alguna vez vacilas, dudas o desfalleces, acuérdate de que hay un Dios que se hizo hombre por redimirte y regenerarte, y eleva a Él tus preces.

«Ten por seguro que escuchará tus rezos quien enseñó a los hombres a amarse como hermanos, quien redimió al esclavo, quien derribó los ídolos y erigió un templo de gloria a la caridad y a la templanza, condenando la soberbia y el vicio.

«¿Qué importa que seas mortal, si el día que Dios llame a su reino al alma que te da hoy vida, verás al rededor de tu lecho de muerte al sacerdote que bendice y consuela, en nombre del *Supremo*, a tu esposa que gime y a tus hijos que lloran?»

Dulces fueron aquellas palabras y efecto produjeron en mi debilitado ser.

Las campanas de la cercana iglesia hirieron mi oído y recé largo rato.

Pero la fiebre quemaba mi frente y secó mis labios y sentí la necesidad de abrir el balcón. Así lo hice, y en un momento de inspiración cogí en mis manos los bustos de Bach y Arquímedes, y levantándolos en alto dije al primero:

—A tí por loco te echo al lodo, porque lodo eres.

Tú creíste en Dios y en un alma; pero tu orgullo te hizo pensar que el mundo en que viviste fué sólo para tu arte y tu arte para tí. ¡Insensato! Y lo hundi en el fango de la calle.

Luego dije a Arquímedes:

—Tú, más que loco, eres un orgulloso; tu talento creyó suprema la inteligencia humana, y sólo es supremo Dios y sus obras. ¡Necio! ¿Ignoras que tu ciencia no ha descubierto ni descubrirá jamás el misterio que encierra ese espacio inmenso que llenan con su luz millares de astros? Y diciendo esto lo estrellé en las baldosas de la acera.

Buscaron mis ojos al gato, y este había desaparecido. Me tendí en la cama y goce de un sueño tranquilo. Desde entonces, siempre que mi fe vacila fijo la vista en la calavera.

Ella me recuerda la muerte, me anuncia la existencia de un reino de paz y de ventura, aclara mi inteligencia, fortalece mi alma y me aproxima a Dios.

SANTIAGO OLMEDO Y ESTRADA.

LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

(Conclusión.)



El gran objetivo del abate de la Salle era formar hombres a propósito para la obra de la educación, tal como él la concebía. Uno de los artículos más notables de su plan era que aquellos hombres no tuviesen las sagradas órdenes, y en cuanto al superior de la Sociedad, aunque él era sacerdote, exigió de los hermanos la promesa de no elegir otro clérigo después de él. Inútil es decir que no abrigaba prevención alguna contra el carácter eclesiástico: solamente creía que la obra sería mejor cumplida por laicos: bien porque éstos podían dedicarse a ella en absoluto, bien porque los hombres de humilde condición como los que él alistaba y tenía idea de seguir alistando, estarían más al nivel de los pobres, a cuyos hijos trataba de educar. A esto obedecía también esa prohibición de que los hermanos conocieran el latín.

Los votos de la Sociedad son cinco: los hermanos que no hayan cumplido veinticinco años, no pueden hacerlos más que por tres. Ninguno puede pronunciar los votos, ni aun por este tiempo, si no ha pasado un año de noviciado y enseñado otro año en las escuelas.

Los cinco votos son los siguientes:

Pobreza;
Castidad;
Obediencia;
Perseverancia;
Desinterés.

Los hermanos prohíben por este último voto el aceptar de los discípulos ó de sus padres nada que pueda parecerse a una remuneración, aunque sea en forma de regalo.

El reglamento de la vida diaria es como sigue:

A las cuatro y media.—Levantarse.
A las cinco.—Oración y meditación.
A las seis.—Misa, lectura, etc.

A las siete y cuarto.—Almuerzo, oración y preparación para la clase.

De ocho a once.—Clase y conducción de los niños a la iglesia.

A las once y media.—Examen particular de conciencia, comida y recreo.

A la una.—Rezo en el oratorio y marcha a las diversas escuelas.

De una y media a cinco.—Clase en la que se dedica media hora al catecismo.

A las cinco y media.—Lectura espiritual, empezando por un fragmento del Nuevo Testamento, leído de rodillas.

A las seis.—Oración mental y confesión mutua de las faltas entre los hermanos.

A las seis y media.—Cena, con lectura como en todas las comidas: recreo.

A las ocho.—Estudio de catecismo.

A las ocho y media.—Rezo en el oratorio.

A las nueve.—Retirada al dormitorio para acostarse a las nueve y cuarto.

Tal es la regla de los hermanos de las Escuelas cristianas, suficientemente estrecha, aunque sin austeridades especiales. El espíritu de esta regla prohíbe las comunicaciones innecesarias con las personas extrañas a la hermandad: prohíbe igualmente la posesión de las cosas no precisas y el ejercicio innecesario de la voluntad. La obediencia al reglamento es absoluta, la pobreza completa y la abnegación de la voluntad sin límites.

Después de haber copiado la regla no es inútil

hablar de los manuales compuestos por Juan de la Salle para la dirección de los hermanos. El principal era un libro titulado *Dirección para uso de las Escuelas cristianas*. Fué en un principio manuscrito, y las copias circularon entre los hermanos. El autor lo revisó en 1717 después de su retirada del puesto de director, y se imprimió en 1720, un año después de la muerte de aquél. Este manual ha sido después la guía de los hermanos, y se lee dos veces al año en cada una de sus casas. El buen sentido y la inteligencia de su autor se muestran en él en sumo grado. He aquí, por ejemplo, lo que se lee respecto a la enseñanza de la aritmética:

«Después que los niños hayan hecho las sumas en el papel, en vez de corregirlas el maestro, les hará descubrir las faltas que hayan cometido por una explicación racional de los procedimientos. Les preguntará, por ejemplo, por qué al sumar dos cantidades de dinero empiezan por la moneda más baja y otras cosas de la misma naturaleza para asegurarse de que comprenden lo que hacen.»

Al tratar de la instrucción religiosa, el estilo del libro se eleva a la altura del asunto:

«Los maestros tendrán gran cuidado de no dejarles ignorar nada de lo que debe saber y hacer un cristiano. Y con objeto de no descuidar en nada materia tan importante, meditarán a menudo y seriamente sobre la cuenta que deberán dar a Dios, pensando que serán culpables ante Él de la ignorancia de los niños a ellos confiados, así como de los pecados en que incurran por ignorancia.»

Las faltas que Juan de la Salle considera como más graves son la mentira, las riñas, el robo, la impureza y la falta de compostura en la iglesia.

¿Qué cosa más prudente que las reglas planteadas por él para que el castigo sea útil? Es necesario que sea: 1.º, desinteresado, es decir, exento de todo sentimiento de venganza; 2.º, caritativo, es decir, inspirado por un verdadero amor al niño; 3.º, justo; 4.º, proporcionado a la falta; 5.º, moderado; 6.º, aplicado sin cólera; 7.º, prudente; 8.º, voluntario por parte del estudiante, es decir, comprendido y aceptado por él; 9.º, recibido con respetuosa sumisión; 10, acompañado de silencio por ambas partes.

Después de conocer tales manifestaciones de prudencia y sabiduría, el lector no se admirará del éxito de la obra. La reputación de su fundador se extendió rápidamente por toda Francia, y aun por las naciones vecinas, siendo proclamado apóstol de la educación elemental. El viaje que hizo a Calais y al Norte de Francia al fin de su carrera fué una verdadera marcha triunfal. Sin embargo, nada pudo alterar la dulce sencillez de su carácter, ni atenuar el humilde deseo de confiar su carga a hombres más fuertes que los suyos. Este deseo fué al fin cumplido, y el 8 de Mayo de 1717, después de largas deliberaciones y prácticas religiosas, el segundo superior de la Sociedad fué elegido por unanimidad de los hermanos para reemplazarle.

El ilustre fundador no tenía desde entonces nada más que hacer en el mundo que esperar a que quisiera Dios retirarle de él. Cediendo a las súplicas de los hermanos, continuó viviendo con ellos en su casa de Rouen. Allí, en medio de crecientes dolencias, y ejerciendo mientras podía, esperó los decretos del cielo.

La fiesta de San José (19 de Marzo) se acercaba. Juan de la Salle había tenido siempre mucha devoción a este santo, al que había escogido por patrono de su asociación y deseaba ardientemente celebrar aquel día los santos misterios.

No podía apenas esperar por estar desde bastantes días antes en cama, pero en la noche del 18 los dolores se calmaron de una manera inesperada, y sintió que le volvían las fuerzas. La noche fué buena, y en la mañana de la fiesta pudo trasladarse a la iglesia y decir la misa en presencia de los hermanos, que no daban crédito a sus ojos. La mejoría continuó todo el día. El venerable abate pudo conversar con los hermanos, escuchar una vez más sus confidencias, y darles sus últimos consejos. Después reaparecieron los dolores, y se vió obligado a acostarse de nuevo.

El Cura párroco, conocedor de la agravación del mal, se apresuró a visitarle, y creyendo, por la serenidad de su fisonomía, que el moribundo no tenía conciencia de su estado, le dijo:

—«¿Sabéis que muy pronto vais a comparecer ante Dios?»

—Le sé—respondió—y espero sus órdenes. Mi suerte está en sus manos, hágase su voluntad.»

Su alma estaba en comunicación perpetua con Dios, y suspiraba por el momento en que los lazos que le unían a la tierra quedaran rotos. Algunos días después, sintiéndose peor, pidió el Viático, y se decidió que lo recibiese al día siguiente, que era Miércoles Santo. Pasó la noche en preparativos; su celda

fué decorada tan bien como lo permitía la pobreza de la casa. Cuando llegó la hora, quiso levantarse, vestirse y sentarse en un sillón vestido de sobrepelliz y estola. Al escuchar la campanilla que anunciaba la llegada del Santo Sacramento, se puso de rodillas, y recibió su última comunión con el mismo fervor que había admirado siempre á los que asistían á su misa. El amor divino iluminaba su rostro con una intensidad mayor que de costumbre. Era el último rayo de una luz que iba á extinguirse sobre la tierra para brillar con eternos fulgores en el seno de Dios.

Al día siguiente recibió la Extremaunción con entera lucidez. El superior le pidió su bendición para los hermanos que le rodeaban y para toda la comunidad. Levantó los ojos al cielo, extendió las manos, y dijo: «Que el Señor os bendiga á todos.»

Poco después perdió el conocimiento, y se rezaron las oraciones de los moribundos. Otra vez volvió á la vida durante algunas horas. Hacia la media noche comenzó la agonía: era la noche de la agonía en el huerto de Gethsemani. Durante ella el venerable moribundo recobró un poco el uso de la palabra. Habiéndole preguntado el superior si aceptaba sus sufrimientos, «Sí, dijo; acepto los designios de Dios acerca de su humilde siervo.»

Estas fueron sus últimas palabras. A las cuatro de la mañana, el Viernes Santo 7 de Abril de 1719, entregó su alma al Señor.

Tan pronto como la noticia de su muerte se extendió por el exterior, una multitud piadosa invadió la casa. Todos le conceptuaban como á un santo, y querían volver á ver aquel rostro venerado y llevarse algún recuerdo suyo. Como no poseía más que un Crucifijo, un Nuevo Testamento y una Imitación, sus pobres vestiduras fueron recortadas y distribuidas en pequeños fragmentos para satisfacer al pueblo.

Los hermanos de las Escuelas cristianas, después de la muerte del gran fundador, han seguido firmemente su obra de abnegación y de caridad. Las autoridades de la Iglesia y del Estado, y sobre todo la opinión pública, les han prodigado su protección, aunque también han sufrido contrariedades. Parecía lógico que un levantamiento de las clases inferiores contra las privilegiadas respetase á una compañía que tenía la pobreza por base, y se dedicaba á la educación de los niños del pueblo; y efectivamente, cuando un decreto de la Asamblea nacional, en 1790, suprimió las órdenes religiosas, quedaron exceptuadas las que tenían por objeto la instrucción y el cuidado de los enfermos; pero en 1792, todas las corporaciones religiosas, incluso la de los hermanos de las Escuelas cristianas, fueron abolidas, bajo pretexto de que su existencia era incompatible con las condiciones de un pueblo libre. En la época del Terror los hermanos no pudieron evitar las persecuciones. Bajo el Imperio renació la sociedad, durando hasta la revolución de 1830. En esta época se vió nuevamente amenazada, pero su mérito reconocido la salvó del naufragio. Una de las circunstancias más significativas y triunfales de su historia es la confianza que la dispensó Mr. Guizot cuando fué ministro de Instrucción pública, en el reinado de Luis Felipe. Más de una vez intentó en vano Monsieur Guizot hacer aceptar al superior la cruz de la Legión de Honor.

Actualmente la obra de los hermanos se halla en estado de verdadera prosperidad á despecho de las amenazas de sus enemigos.

Es, desde luego, un hecho cierto, que el número de los alumnos de las escuelas cristianas, lejos de disminuir, aumenta de una manera considerable. Aún hay franceses que no quieren rendirse ante el ateísmo.

De esperar es que el ilustre y útil Instituto fundado por Juan Bautista de la Salle triunfará de todos los obstáculos y mantendrá en Francia y fuera de ella la antorcha de la fe cristiana.

LAS NUNCIATURAS

V LAS DELEGACIONES APOSTÓLICAS



ON motivo de la alta misión confiada recientemente por el Soberano Pontífice á Mons. Luis Ruffo-Scilla, Arzobispo titular de Petra, en Inglaterra, y á Mons. Ignacio Pérsico, capuchino, Arzobispo titular de Damieta, en Irlanda, hace un periódico un estudio acerca de las Nunciaturas y de las delegaciones apostólicas.

El Nuncio es un Prelado, Obispo, Arzobispo, y rara vez un Patriarca, que representa la persona del Papa cerca de los Emperadores, de los Reyes, de

los grandes Príncipes ó de las Repúblicas, á quienes es enviado por delegación ordinaria ó para asuntos extraordinarios, comunmente con los poderes de legado, y á veces acreditado cerca de las cortes soberanas ó de las Repúblicas, con el título unido á sus prerrogativas y jurisdicción de Delegado apostólico, Internuncio, Encargado de Negocios, Embajador, Enviado extraordinario.

Actualmente se cuentan once delegaciones apostólicas, de las que las siete primeras dependen de la Sagrada Congregación de la Propaganda; la de Constantinopla; la de Egipto y Arabia; la de Grecia, confiada al Arzobispo de Atenas; la de las Indias orientales; la de Mesopotamia, Kurdestán y la pequeña Armenia, confiada á los dominicos franceses; la de Persia, confiada á los lazaristas; la de Siria, dirigida, como la de Egipto y Arabia, por los Menores Observantinos; la del Ecuador, Bolivia y Perú; la de la República Argentina y Uruguay; la de Santo Domingo, Haití y Venezuela, y la de los Estados Unidos de Colombia. Estas cuatro últimas Delegaciones están representadas por un Enviado extraordinario.

Entre las Nunciaturas apostólicas, cuatro son de primera clase y conducen á la púrpura cardenalicia: las de Austria-Hungría, de España, de Francia y de Portugal.

Las otras son: la de Baviera, con residencia en Munich; la de Bélgica, con residencia en Bruselas; la de Holanda, con un Internuncio en El Haya; la de Suiza, con residencia en Lucerna, puesto vacante desde la persecución de los Obispos de Basilea y de Ginebra, y cuyo último Nuncio fué Mons. Alejandro Mouroti, Arzobispo titular de Colosses — de 1845 á 1848; — reemplazado por los Encargados de Negocios Mons. Inocencio Bovieri de 1848 á 1863, Mons. Angel Bianchi (hoy Cardenal) de 1863 á 1869, y Mons. Juan Bautista Agnozzi (actual Delegado apostólico en la Colombia) de 1869 á 1873; la del Brasil, con un Internuncio en Río Janeiro; la de Chile, con un Ministro plenipotenciario en Valparaíso; la de Costa Rica, con un Ministro plenipotenciario en San José de Costa Rica (América central). Estos dos últimos puestos están vacantes.

No existen ya varias Nunciaturas, como la de Inglaterra desde el cisma de Enrique VIII; la de Polonia, cuyo último titular fué Lorenzo Litta, que llegó á Varsovia, punto de su residencia, cuando estaba la Polonia desgarrada por las discordias, y de la que tuvo que retirarse después de haber asistido en Abril de 1797 en Moscú á la coronación del Emperador Pablo I, como Embajador de Pío VI, cuyo sucesor le creó Cardenal en 1801; la de Venecia, donde el último Nuncio del Papa fué Juan Felipe Gallerati Scotti, Arzobispo titular de Sida el 24 de Septiembre de 1792, Nuncio en Florencia, y poco después en Venecia, hasta el momento en que terminó el Gobierno de los Dux en 1797; la de Colonia, para la cual Pío VI nombró el 27 de Junio de 1785 al Arzobispo titular de Damieta, Bartolomé Pacca, que permaneció allí hasta la llegada de los ejércitos franceses, el 4 de Octubre de 1794; pasó luego á la Nunciatura de Portugal, fué creado Cardenal y murió decano del Sacro Colegio el 19 de Abril de 1844. Después de él, Pío VI nombró en Colonia al Arzobispo de Tyro, Aníbal Della Genga (más tarde León XII), que no pudo penetrar en la ciudad á causa de la ocupación francesa, y residió en Augsburgo, Munich y en otras ciudades del distrito de la Nunciatura de Colonia, terminando así esta célebre Nunciatura, después de haber durado dos siglos.

Fué reemplazada por la de Munich, constituida en 1783 por Pío VI, á pesar de la oposición de los Electores de Colonia y de Maguncia y del Arzobispo de Salzburgo, que tenía cierta jurisdicción en Baviera; la de Nápoles, cuyo último titular fué Mons. Pedro Giannelli, Arzobispo de Sardes, el 6 de Junio de 1858 y que tuvo que retirarse con el Rey de Nápoles cuando la invasión piemontesa; la de Cerdeña, que tuvo por último Nuncio á Benito Antonio Antonucci, Arzobispo titular de Tarsis, el 25 de Julio de 1844 y que abandonó á Turín cuando cesaron las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Cerdeña, siendo después Obispo de Ancona y Cardenal en 1858; la de Toscana, cuyo último representante de la Santa Sede fué Mons. Alejandro Franchi, Arzobispo titular de Tesalónica, el 19 de Junio de 1856, y se retiró ante la invasión francesa en Florencia, fué creado Cardenal en 1873 y nombrado luego prefecto de la Propaganda y Secretario de Estado; por último, la de Módena, cuyo titular era el Nuncio de Florencia y que desapareció con él. Malta tuvo también representantes de la Santa Sede conocidos con el nombre de inquisidores, ó más bien de visitadores apostólicos, cuyo origen remontaba al Papa Gregorio XIII y que dejaron de ejercer sus funciones en el siglo último.

Antiguamente los Nuncios, especialmente los enviados á países lejanos, no estaban revestidos de la dignidad episcopal, y se vió á simples presbíteros seculares, franciscanos, dominicos, encargados de representar á los Papas, que ahora confieren comunmente un título arzobispal á sus Nuncios: también ha habido varios Obispos residentes encargados de misiones pontificias. Desde los primeros tiempos de la Iglesia, los Pontífices romanos tuvieron legados ó enviados, que fueron más numerosos en los siglos IX y X; pero el cargo propiamente dicho de Nuncio, equivalente al de Embajador ó mensajero pontificio, no comenzó á estar en uso hasta mediados del siglo XIV.

La residencia del Nuncio, que tiene su tribunal, su cancillería, un auditor y un secretario, toma el nombre de Nunciatura.

LOS AMOS Y DEPENDIENTES CRISTIANOS

Lo hermoso é interesante del asunto, y la manera magistral como está tratado, nos mueven á trasladar á nuestras columnas el artículo siguiente, que publica la excelente y ya popular revista católica *El Mensajero del Corazón de Jesús*.

Dice así:

I

La moderna sociedad es prima hermana de las antiguas repúblicas de Grecia y Roma y de otras muchas, que pulularon en los diversos confines del mundo, animadas todas de un mismo espíritu, corroidas por los mismos vicios, agitadas por el mismo torbellino de ambiciones y deseos, que atizaban y embravecían, á manera de horrorosa tormenta, las pasiones del corazón. La gran lepra de las sociedades paganas fué la esclavitud; los pueblos modernos, modelados según el código, que con sus conquistas ha elaborado el liberalismo, al par que aclaman la libertad y se ciñen la corona de la soberanía nacional, se han impreso en sus frentes el mismo hierro candente de servidumbre. La historia toda de las naciones gentiles se compendia en pocas palabras: orgullo y crueldad, molice y corrupción espantosa de costumbres en los señores; en los esclavos, embrutecimiento y degradación, odio y ferocidad irreconciliables. La pendiente por donde se precipitan ahora los pueblos que han apostatado de la fe, que son casi todos, acaba en igual ó más desastroso abismo. Porque, además de todos los vicios que bullían en el seno de los pueblos gentiles, el moderno liberalismo ha cometido el crimen de cegar con los mismos resplandores de la luz, de desconocer los beneficios que la Iglesia ha hecho á la sociedad, y cuenta con más medios para alimentar esa gusanera que lleva en sus entrañas, y consumirá su agitada y mísera existencia. En vano la prensa y la tribuna arrojarán flores sobre este espectro de sociedad, y los interesados en que continúe el oleaje de agitaciones públicas, para convertirlas en fuente de prosperidad particular, cubrirán con un manto de escarlata ese ya casi cadáver.

II

Pero lo más donoso es que, en medio de sus convulsiones, todavía gusta de bromas esta nuestra carcomida sociedad, señal evidente de su decadencia y decrepitud. Porque, cuando la pobreza y la miseria levantan por todas partes su escuálido rostro, tiene la frescura de llamar con glacial sarcasmo, á esas víctimas de la pública indigencia, con el pomposo apodo de pueblo libre y soberano.

Verdad es, que al compás de ese himno de libertad resuenan doquiera en lúgubre concierto las cadenas de la esclavitud; y los afortunados mortales, que ya gozan del título de soberanos, van en gran número á esconder su abyección en los sótanos de las minas, en talleres malsanos, en buhardillas estrechas ó en zahurdas infectas.

Mas con tal que por disposición del pueblo soberano queden abolidos del Diccionario del progreso los nombres de esclavitud y mendicidad, nada importa que los esclavos giman en cadenas, y los pobres se consuman de miseria en sus antros de reptiles; porque ¡oh descubrimiento maravilloso de nuestros tiempos! hemos llegado á averiguar de ciencia cierta que el poderoso talismán, el misterioso secreto de la felicidad está en gritar que tenemos mucha felicidad, que estamos rebosando felicidad.

Por desgracia el horripilante cuadro de la estadística, con el helado soplo de sus datos matemáticos, viene pronto á disipar el humo de tan menti-

das adulaciones. Sólo en Inglaterra y Gales había en 1841, 1.720.000 pobres que vivían en los asilos de beneficencia pública; se cree que no bajan de 4.300 personas las que en los últimos diez años han muerto de hambre en Londres, y el doctor Lancaster hace subir á 12.000 las madres que, por no tener con qué alimentar á sus hijos, tienen la bárbara costumbre de asesinarlos. Con motivo de las grandes huelgas que en el verano de 1874 tuvieron lugar en Inglaterra, se observó que los millares de obreros en ellas comprometidos sólo ganaban de 11 á 12 chelines por semana, siendo así que para no morir de hambre y miseria, necesitan por lo menos de 14 á 15. (SCHMOLLER, *Apuntes para resolver algunas cuestiones fundamentales*, pág. 140.

El ilustre estadista francés Mr. de Moragues asegura que en su país hay 7.500.000 hombres que sólo disponen de 91 francos anuales para vivir, y en París, la opulenta metrópoli del mundo, á pesar de los esfuerzos que hizo Napoleón III para mejorar la suerte de los obreros, hay 100.000 individuos inscritos en el registro de pobres. En Bélgica, la nación celebrada por su industria, de cada 100 personas 32 viven medio necesitadas, 34 en la más aflictiva indigencia, 25 de la caridad pública (J. HUBER, *E. Proletariado*). Según Meyer (*Lucha por la emancipación*, II), de 4 millones de habitantes del mismo reino, unos 800.000 reciben socorros de la beneficencia pública, y en 1875, una de las épocas más favorables para la industria belga, vivían, como lo afirma Ducpetiux, las tres cuartas partes de sus trabajadores en un estado de completa miseria.

Cuando en 1851 publicó Lassalle la estadística de la riqueza en Alemania, y demostró que un 95,7 por 100 de la población vivía con una renta anual de 500 thalers abajo por cada familia de cinco personas, toda la prensa liberal se le echó encima, acusando de falsos sus datos y de parciales sus deducciones; y sin embargo, Lassalle no hizo más que copiar á Dicterici; pero Lengerke, llevando todavía más allá sus investigaciones, llegó á asegurar que en Prusia 10 millones de sus habitantes pasan con una renta anual de menos de 105 thalers; y Meyer, en su obra (*Lucha por la emancipación del cuarto estado*, volumen II, página 789), refiriéndose al año 1875, afirma que 6.034.263 individuos viven en absoluta pobreza. Ni tampoco es mucho más ventajosa la situación del obrero en el mismo reino, puesto que el término medio de su jornal no pasa de 107, groschan, que equivalen á menos de 4 reales. De manera que, como refiere el mismo autor, sólo un 8 por 100 de personas, tiene voto en las elecciones de diputados, y por consiguiente, representación en el Parlamento.

III

Los datos son tan pavorosos, tan horroroso el abismo que se abre á la vista de todo hombre pensador, tan negras las tintas con que se dibuja este cuadro de desolación, que ha despertado la atención de todas las personas sensatas, cualquiera que sea el partido en que militen. Mas en este vaivén de intereses en que se agita el mundo moderno, no solamente corren fortuna y naufragan los pobres y los obreros, sino que á veces la ola de la pobreza y calamidades comunes arrebatada y anega á los mismos empresarios. Porque á medida que las ruinas de la prosperidad pública oprimen las pequeñas industrias, y aplastan á los pobres y jornaleros, cogen también debajo de sus escombros la industria y comercio al por mayor, y estancan sus producciones y obstruyen su circulación; y amortizando los capitales, privan á los ricos de esa riquísima mina de rentas, cuyos filones apenas bastan á llenar la sima de necesidades que el mundo actual ha abierto alrededor de cada uno de nosotros. Todo, pues, vacila á merced de los sacudimientos y vuelcos de fortuna, todo marcha sobre un volcán, cuyo cráter puede abrirse mañana y devorar y abrasar en sus llamas á inmensidad de familias. Y podemos decir que en esta agonía, por decirlo así, de la humanidad, y en esta gigantesca lucha por la existencia, la suerte de los pobres, de esa verdadera esclavitud moderna, es más angustiosa y precaria que la de los antiguos esclavos; porque ellos tenían pan y techo seguros en casa de sus amos, los cuales, aunque no fuese más que por su propio interés, los cuidaban; hoy una oscilación momentánea é inesperada del mercado, una paralización de la industria, lanza á la calle multitud de obreros muy libres para morirse de hambre, donde y cuando quieran, si quiera sea con honores de soberano. En 1878 se despidieron en muchos establecimientos metalúrgicos de Alemania gran parte de los obreros, y se redujeron sus salarios: hasta en los talleres de Krupp descendió el 1.º de Enero del mismo año su núme-

ro de 16.000 á 8.000; y los periódicos de Berlín anunciaban al terminar el mes de Noviembre de igual fecha, que en aquella capital se hallaban sin trabajo y sin recursos 12.000 obreros del ramo de maquinaria.

IV

Muchos remedios se han inventado para curar tan profundas llagas y mejorar tan azarosa situación. El partido liberal alemán, representado en su caudillo Schulze Delitzsch, é impenitente siempre en sus errores, conservando en su bandera el lema de la libertad de industria y comercio, se ha figurado ver un rayo de esperanza y aun encontrar la panacea de todos los males en la instrucción de la clase jornalera y en las asociaciones de obreros y sociedades de auxilios mutuos para socorrerse mutuamente contra la competencia y opresión del capital. ¿Pero quién no ve que esta lucha es imposible? Y pensar que la industria al pormenor y los pequeños capitales, aun mancomunados puedan competir con las máquinas y recursos de la opulenta plutocracia, es querer que el cordero salga victorioso en la lucha con el lobo, ó que la tímida gacela pueda contrarrestar el empuje y fuerzas del león del desierto. ¿Y cuán expuestas no están esas inmensas masas de proletarios á agitarse y embravecerse al soplo de manejos revolucionarios, y á convertirse en amenaza constante de la pública tranquilidad, y á anegar y sepultar bajo sus olas el orden y bienestar de la nación!

Los socialistas, al contrario, con sus jefes Lassalle y Marx al frente, han pretendido destruir la influencia y voracidad del capital, estableciendo: 1.º, el derecho electoral directo é igual para todos; 2.º, la supresión de los impuestos indirectos, sustituyéndolos por otros directos; 3.º, la protección del Estado para las asociaciones de obreros. Para eso insisten en que el trabajo muerto, es decir, el capital productivo, que se compone de los bienes inmuebles y de las máquinas, sea propiedad común de todos, porque, según ellos, la única fuente de propiedad es el trabajo vivo ó personal.

V

Mas todos los sistemas socialistas giran siempre sobre estos dos polos: candidez y rapacidad; tanto más verdaderos cuanto más opuestos, y más al parecer se repelen entre sí; porque todo el mundo conoce y admira ya, aunque no todo lo que ella se merece, la sinceridad electoral, y sabe también, porque los ha saboreado, los frutos de protección que puede producir un Estado ateo fundado sobre el interés, sin más resorte que el egoísmo, sin más ley ni moralidad que la utilidad personal. Sabe que esos instintos de rapacidad que abriga en su seno la fiera del socialismo bastarían para ahogar todo progreso social y hundir los pueblos en una barbarie, semejante á la selvática ferocidad de las tribus incultas. Ni hay nadie que desconozca que su axioma favorito de que la única fuente es el trabajo personal, no es más que una poderosa máquina para electrizar la imaginación y las pasiones de la incauta, muchedumbre y convertirla en instrumento de pretensiones particulares, porque despojado del atavío filosófico con que lo engalanan sus autores, y examinado á la luz de una sana inteligencia, se ve desde luego que no menos contribuye á la producción el capital que los brazos del obrero.

No queda, pues, más solución que la católica; solución que, por otra parte, ha de venir por la fuerza misma de los hechos. Las leyes de la naturaleza, así físicas como morales, están perfectamente ordenadas; un permanente desequilibrio en ellas es imposible: cuando por un momento cualquiera de las fuerzas que las presiden adquiere un instantáneo predominio, reaccionan todas las demás para recuperar su lugar. La sociedad moderna es el hijo pródigo que se ha alejado de la casa paterna y ha derrochado en locuras su salud y su patrimonio; pero sus locuras son su castigo; sus extravíos, su azote; cada paso que da por la senda de la revolución fiera ó mansa, es un espantoso latigazo que cae sobre sus espaldas; cada partido que se forma para rescatarla, por supuesto, de mano de sus verdugos, reparte sus últimos harapos, y no hace más que exponerla á la pública vergüenza y á la risa y desprecio de todos. Pero el loco con la pena es cuerdo; las amarguras y sinsabores sosegarán las olas de sus pasiones; el dar con la cabeza en los escollos de tantos desengaños hará brotar de su inteligencia la luz que necesita para disipar el nublado de ilusiones y errores, que hasta ahora ha ocupado su cabeza, y volverá por fin al regazo paterno.

VI

Todos ansiamos ese momento, y para que se acelere, coloca el bondadoso Pontífice León XIII esta importante cuestión social bajo la protección del Sagrado Corazón de Jesús; lanza á ese agitado golfo de ilusiones y desengaños, de inquietudes y dolor la influencia del deífico Corazón, para que con su presencia se calme la tormenta; quiere que todos los socios del Apostolado rueguen en este mes de Agosto por los industriales y obreros. Cuando la sociedad se asiente sobre los eternos principios de justicia y moralidad; cuando el derecho no sea un vínculo creado por el capricho humano, sino un lazo con que Dios junta á los individuos y á los pueblos, y cuyos extremos están sujetos de su soberana mano; cuando reconozcan las naciones su origen y procedencia divina, y humillen sus frentes debajo de la mano que tan rigurosamente las azota con sus propios desaciertos, cuando los Gobiernos sean luz de las gentes, baluarte del derecho, apoyo de los pobres y padres de los pueblos, que no atiendan únicamente al provecho de un partido, sino que sepan combinar los intereses del obrero y el capital; cuando la Iglesia conquiste en el concierto de los pueblos el lugar que de derecho le corresponde, cesará la tempestad que tan hondamente nos agita á todos, anega tantas fortunas, y devora tantas existencias; y brillará sobre las naciones la aurora de bienestar y tranquilidad.

Roguemos al Corazón de Jesús, que supo regenerar la decrepitud y corrupción del mundo pagano, que repita á esta nuestra moribunda sociedad las palabras dirigidas al paralítico: *Tolle grabatum tuum et ambula* (Marc. 2. 9); para que rotas las cadenas del error y el yugo de opresión á que sus extravíos la han sometido, recobre el brío de su antigua juventud, que sólo el divino Corazón puede comunicar, y lanza las galas de prosperidad que han disfrutado los pueblos mientras han estado sometidos á la voluntad divina.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

En los anteriores artículos hemos dirigido una rápida ojeada á los asuntos religiosos tratados por los pintores españoles durante el siglo XIX. En los que hoy comenzamos haremos lo mismo con las obras de los escultores, que, hasta la inauguración de las Exposiciones públicas, puede decirse que sólo á temas, asuntos y figuras religiosas consagraron su inspiración durante largo número de años. La tarea será mucho más breve por el número notablemente menor de artistas que se consagran á la escultura, acaso por las dificultades materiales en los medios de expresión de tan sublime arte.

D. JUAN ADÁN, nacido en Tarazona á mediados del último siglo. En Jaén, en el Presbiterio de la Catedral, hay ejecutados por él los tres *Angeles* de la derecha del altar. En la capilla final de la derecha *San Eufasio*, de relieve; un ático con la estatua de *San Antolín* en un nicho; otras de *San Agustín* y *San Julián*, y dos alegorías de *La Fe* y *La Religión*. En la Catedral de Granada las estatuas de *San Miguel* y *San José*; y en la parroquia del Pilar un medallón de la *Virgen*. En Lérida los retablos de la Catedral. En la Academia de San Fernando de Madrid un grupo de *Jesucristo muerto en brazos de la Virgen* y una copia del *Moisés* de Miguel Angel. En las Escuelas Pías de San Fernando *Ntra. Sra. de las Angustias*; en la Iglesia parroquial de San Ginés la estatua de *San José*. En la Catedral de Málaga una reproducción de la *Virgen de las Angustias*.

D. ESTEBAN AGREDA, nació en Logroño á 26 de Diciembre de 1759, y fué Profesor de la Academia de San Fernando. Entre sus muchas y notables obras se cuentan las siguientes: En Burgos, las estatuas de *San Agustín* y *San Nicolás de Tolentino*; en la capilla del Palacio de Madrid, dos *Angeles* mancebos sosteniendo dos lámparas á los lados del Presbiterio; en la Basílica de Atocha, capilla del Santísimo Cristo, los *Angeles* de estuco que adornan los lados, y el cornisamento del retablo principal, labrado en unión de D. José Ginés. También trabajó dos estatuas de *San Vicente de Paúl*; dos *Beatos* para los Capuchinos de San Antonio; un *San Francisco* para los de la Paciencia, y *La beata Juana de Aza* para Santo Tomás.

D. MANUEL DE AGREDA, nació en Haro el año 1773. En la iglesia parroquial de dicho pueblo existen de este autor: una *Virgen de la Concepción*, *Santa Ana* y *San Felices*.

D. MARCIAL AGUIRRE, nació en Vergara (Guipúzcoa) en 1843. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866 fué premiado con una medalla de segunda clase por su estatua de *San Ignacio*.

D. FRANCISCO ALBEROLA, escultor valenciano, discípulo de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de la que llegó a ser Director en reemplazo de D. Jose Esteve. Existe de su mano un excelente *San Jaime* en la referida capital.

D. JOSÉ ALCOVERRO Y AMORÓS, nació en Pirenis (Tarragona). En la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1871 presentó un grupo en yeso que representaba *Jesús y la Magdalena*. También es obra suya una imagen de *San Juan Bautista*, ejecutada en 1870 para Bermeo.

D. JOSÉ ALEGRE, natural de Calatayud. En 1849 se colocó en Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza un precioso cancel de nogal con relieves, representando alegorías de la Virgen, obra suya. También son suyos los pasos de Semana Santa de la *Crucifixión*, *Descendimiento* y *Prisión de Jesucristo en el huerto*. La imagen de la Virgen titulada del *Amor Hermoso* en el Seminario Conciliar; el *Sagrario* y esculturas de la capilla de Ntra. Sra. de la Agonía en San Cayetano de Zaragoza y las del retablo de San José en la iglesia del Pilar. Murió en el año de 1865.

D. JUAN ALVAREZ. Este escultor hizo una estatua de *Ntra. Sra. de los Dolores* destinada a una de las capillas de la iglesia parroquial del Sagrario de Granada, en cuya capital se bendijo en el año 1864.

D. JOSÉ ALVAREZ Y BOUGEL, nació en París en 20 de Febrero de 1805. Es obra suya el grupo de mármol de *Jesús en el huerto*, que posea el Infante Don Sebastián.

D. JOSÉ AMBRÓS Y DASÍ, natural de Valencia. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1864 presentó un bajo relieve en yeso que representaba *La educación de la Virgen*.

D. MANUEL ARÉVALO PACHECO, escultor de principios del siglo, autor de toda la escultura de la capilla Mayor de la Catedral de Segovia, en que descuella por su mérito tres *Ángeles mancebos*, y *San Frutos* y *San Geroteo*, y de varias estatuas y trabajos de adorno en la iglesia de San Francisco y otras de Madrid.

D. JUAN DE ASTORGA, sevillano. Cuando se creó el Liceo Artístico de esta ciudad fué uno de los que más contribuyeron a su crédito, presentando, entre otras obras, un *San Jerónimo* de barro, copia del de Torrigiano. Tenemos noticia de las siguientes obras de este autor: en Sevilla, Convento de San Francisco, *Estatua de Ntra. Sra. del Buen Fin*; en la capilla de la Escuela de Cristo, *Estatua de Jesús Crucificado*.

D. RAFAEL ATCHE, nació en Barcelona en 1853. Entre otros trabajos suyos, conocemos una *Inmaculada Concepción*, y *La Virgen María con dos ángeles al pie*.

D. FRANCISCO BELLVER, nació en Valencia en el año 1812. Entre sus obras más principales se cuentan: Una estatua en madera, tamaño natural, que representa la *Resurrección de Jesucristo*; *La Virgen del Carmen*; *Los Corazones de Jesús y María*; un bajo relieve representando a *La Virgen poniendo la casulla a San Ildefonso*; un grupo figurando la *Caída de Cristo en su marcha al Calvario con Simón Cirineo y otros judíos*; un *Cristo*; un grupo representando a *La Virgen sosteniendo en su regazo el cuerpo muerto de su Santísimo Hijo*; una *Virgen Dolorosa*; *San José y la Virgen del Carmen*; *La Virgen del Amor Hermoso*; otra *Virgen del Carmen*; un *Cristo*; un grupo de piedra simbolizando *La Religión y La Caridad*; estatuas de *Los cuatro Evangelistas*; la de *Un Salvador*; una estatua de madera que figura la *Presentación de la Virgen*; *La Virgen de las Mercedes*; *Nuestra Señora de la Esperanza*, y *La Virgen de la Misericordia*.

D. JOSÉ BELLVER, nació en Avila de los Caballeros en 1824. Sus obras principales son: *La estatua yacente de Jesucristo*; *Aparición de Jesucristo a la Magdalena*; *El Descendimiento de la Cruz* bajo relieve, premiado en una Exposición pública; *Una Virgen*; *La Virgen de la Vida* y el *Apóstol Santiago*.

D. MARIANO BELLVER, nació en Madrid en 1817. Sus obras son: *San Juan Bautista predicando*; *Flagelación de Jesucristo*; *La Virgen de la Misericordia*; *Santa Lucta*; *San Vicente de Paul*; *La Santísima Trinidad*; *San Lorenzo*; *San Francisco Javier*; *Santa Irene*; *Jesucristo en el sepulcro*; *Virgen de la Concepción*; *San Martín*; *Ntra. Sra. de la Providencia*; otra *Virgen de la Concepción*; *Ntra. Sra. del Amor Hermoso*; *Ntra. Sra. del Buen Ruego, pidiendo a Dios por las almas del purgatorio*; *Ntra. Sra. del Carmen*. D. Mariano Bellver falleció en Madrid en 27 de Abril de 1876.

D. MARIANO BELLVER E IÑIGO, natural de Madrid é hijo del anterior. En las Exposiciones Nacionales celebradas en 1862 y 1864 presentó un *San Sebas-*

tián, y un *San Vicente de Paul* ejerciendo la caridad.

D. RICARDO BELLVER Y RAMÓN, nació en Madrid en 1845. En la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1866 presentó un grupo en yeso, representando a *La Santísima Virgen con su Divino Hijo en el regazo*; también es suyo un bajo relieve que representa el *Entierro de Santa Inés*.

D. NICOLÁS BOADO. Su obra más conocida es una *Cabeza de San Juan Bautista*, en barro.

D. MARIANO BONDÍA. En la Exposición celebrada en Valencia en 1880 por la sociedad «El Iris» presentó una estatua de *San Vicente Ferrer*.

D. TEÓFILO BOULIGNI, natural de Constantinopla. En la Exposición nacional de Bellas Artes, celebrada en 1866, presentó un *Ecce-Homo*.

D. JOSÉ BOVER Y MAS. De sus muchos trabajos merecen citarse *Las estatuas de Santa Clara y San Fernando*, para la catedral de Cádiz, y las de *San Luis y San Fernando*, para el palacio de San Telmo, en Sevilla.

D. PEDRO BUSSON DEL REY, nació en la villa de Cárcar en 1765. Entre sus obras merece especial mención un *San Antonio de Padua* que existe en Sacedón. Falleció el 19 de Mayo de 1806.

D. DAMIÁN CAMPENY. Entre sus principales obras se cuentan los *Bustos de Nuestro Señor Jesucristo y Nuestra Señora de los Dolores*, un *Salvador*, una *Virgen* y la *Virgen del Pilar*, estatua en mármol.

D. J. CAMPENY. Natural de Barcelona y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. Es obra suya *El hijo pródigo*, tema de la oposición que hizo en Barcelona en 1879 para optar a la pensión Fortuny.

D. PEDRO CANEDO, residente en Orense. A la Exposición de Pontevedra celebrada en 1880 concurrió con un *Crucifijo* labrado en boj.

D. JOAQUÍN CAÑELLAS Y VALLS, residente en Barcelona. Los periódicos de dicha capital han hablado con elogio de las siguientes obras de este artista: *Nuestra Señora de la Ayuda con una aldeana a sus pies*, grupo de tamaño natural destinado a un Montepío de Barcelona; *la Madre del Amor Hermoso*, para un pueblo de la provincia de Gerona; *Jesucristo atado a la columna*, con destino a una iglesia de Ciudad Real; *San José con el Niño Jesús en brazos*, labrado para Lugo.

D. CAYETANO CAPUZ Y ROMERO, natural de Godella, provincia de Valencia, donde nació en 1838, y discípulo de la Real Academia de San Carlos de dicha ciudad. Son obras de este artista el altar oratorio del Seminario conciliar de Valencia; un *Nazareno con la Cruz acuestas* que existe en el pueblo de Petrexi; un *Cristo* de marfil y un *San Vicente Ferrer* que posee D. Vicente González; *Unos mancebos*, que están en el camarín de la Virgen de los Desamparados en Valencia, y una estatua de la referida imagen para el banquero D. José Campo.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

La diócesis de Barbastro ha querido demostrar una vez más su incondicional adhesión é inquebrantable amor al Vicario de Jesucristo en la tierra con motivo de la celebración de sus Bodas de Oro, ofreciéndole en muestra de aquella adhesión y de aquel amor valiosos regalos.

Un cáliz de plata dorada de estilo bizantino, obra del reputado joyero D. Juan Suñol, es lo que dedica a fin tan noble el clero todo de la Diócesis. En su conjunto y en sus detalles entraña indiscutible mérito artístico: primorosas filigranas trabajadas con suma corrección y limpieza sirven de bellísimo adorno, viéndose en ellas algunos de los atributos de la Eucaristía; en su base hay cuatro hermosos medallones esmaltados con miniaturas de la Sagrada Familia; realzan la belleza de la joya preciosas turquesas engarzadas en la filigrana.

El Seminario Conciliar, Profesores y alumnos envía un misal, obra notabilísima en su género, en que campean por igual los primores del arte y las exigencias del buen gusto. Lujosamente encuadrado con chagrín, ostenta bellísimos reales con filetes dorados y adornos de bronce igualmente dorado. Sobre el centro de una de sus tapas se lee el nombre sacratísimo de Jesús, y en sus ángulos aparecen los símbolos de los cuatro evangelistas; en la otra tapa lleva las insignias del Pontificado y las armas de León XIII, y en sus ángulos los escudos de Aragón, de Barbastro y de la Diócesis y Seminario, apareciendo en estos últimos respectivamente las imágenes de San Ramón, Obispo de Barbastro,

y la del doctor angélico Santo Tomás de Aquino. Las abrazaderas y los registros terminados con borlas de oro no carecen de mérito.

Un cingulo de hilo de finísimo oro trabajado en la fábrica de Don Francisco Xirinachs, de Barcelona, es la ofrenda que presentan el Director y las Hijas de María de Barbastro. El cingulo es de labor primorósima, y en los nudos de sus preciosas borlas brillan rubíes y esmeraldas.

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Zaragoza por medio de *Boletín Eclesiástico oficial extraordinario* encarga a los Sres. Curas párrocos y Presidentes de las Juntas constituidas al efecto que, en el término de doce días, den noticia detallada a la junta diocesana de las prendas que están preparando ó tienen ya dispuestas para enviarlas a la Exposición Vaticana.

Igualmente les encarga que procuren activar la colecta de limosnas, redoblando su celo en exponer a los fieles la necesidad de atender con su óbolo de amor filial al Papa León XIII, y que a la mayor brevedad posible remitan lo recaudado a la Secretaría de cámara y gobierno.

Entre los donativos que se harán a Su Santidad León XIII para celebrar su Jubileo Sacerdotal se citan los siguientes:

De Aurenza un alto relieve en bronce, que representa la mediación entre España y Alemania en el conflicto de las Carolinas; de Reggio-Emilia un cáliz, una custodia de antiguo y rico dibujo, magníficos ornamentos y 1.561 francos; de Trieste un tapiz que representa un antiguo mosaico con los doce Apóstoles, el cual adorna la capilla del Santísimo de aquella Catedral; de Vercelli varias maletitas con todo lo necesario para un misionero, y un ritual de Carmelitas, manuscrito antiquísimo y de gran mérito, con destino a la Biblioteca del Vaticano; de Acireale un tabernáculo de plata, adornado con dibujos cincelados: sobre la cornisa hay unos niños que sostienen símbolos de la Eucaristía, y en la puerta del tabernáculo aparece Jesucristo dando el pan de la cena a San Pedro; de Anglona, además de ricas vestiduras sagradas, un precioso almohadón para altar y varios productos del país; de Aosta un plano en relieve de la Diócesis, con parte de los Alpes y los Apeninos; de Calamiteta un hermoso reloj; de Bolonia una preciosa custodia estilo del siglo XVI; de Valdena un monumento de alabastro; de Arras la estatua de plata de Nuestra Señora de la Barquilla; de Besanzon una obra maestra de la relojería del país; de Solson espejos de S. Gobain, y de Raan una riquísima alba de punto de Alençon.

El Rdo. P. Denza, Director del Observatorio de Moncalieri, ha dirigido una circular al clero, indicando especialmente a los que se dedican al estudio de las ciencias a ofrecer al Sumo Pontífice, protector de ellas, algunos instrumentos de meteorología dispuestos por los miembros del Clero italiano que se dedican a estos estudios. Este testimonio probará la parte activa que toma el Clero en el progreso de las ciencias modernas.

Los religiosos Agustinos calzados de Manila regalarán a Su Santidad un magnífico servicio para celebrar el santo sacrificio de la Misa, de seda y ricamente bordado en oro. Dicho objeto irá dentro de un precioso estuche de diferentes maderas del país, y llevará una sentida y respetuosa dedicatoria.

Las señoras de Lugo regalarán a León XIII una hermosa casulla, y el Cabildo Catedral de Vitoria una magnífica bandeja de hierro, repujada con incrustaciones de oro, construida en Eibar, cuyo coste es de 20.000 reales.

NOTICIAS

Los PP. Agustinos del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial han tenido la bondad de remitir al Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA una de las medallas conmemorativas del Centenario, con motivo de la bien intencionada aunque humilde participación de este periódico en las citadas fiestas.

En el alma agradecemos el cariñoso recuerdo de los PP. Agustinos.

En el vapor correo que salió de Santander el día 20 del actual marcharon a la misión de la isla de Cuba los religiosos jesuitas profesores P. Benigno Iriarte, P. Carlos Varona, P. Eustaquio Egaña,

P. Santiago Miguel, P. Juan Aramendi, Hermano Jacinto Larrañaga y Hermano Juan Cantera.

La Real é ilustre Archicofradía del Angel de Pura, San Luis Gonzaga, canónicamente erigida en la parroquial iglesia de Nuestra Señora de Belén, Barcelona, abre el siguiente certamen para el año de 1888:

El día 25 de Marzo del expresado año 1888, en que la Iglesia celebra la festividad de la Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios, serán adjudicados en sesión pública los premios que se indican á continuación, en esta forma:

Premios ordinarios.

Premio de una artística copa de plata y oro, costeado por el señor Cura párroco é ilustre Junta de Obra de Nuestra Señora de Belén, de Barcelona. Se adjudicará al mejor escrito en prosa sobre el tema siguiente: «Deber del hombre en practicar el culto externo.»

Premio de una rosa de plata con lazo de oro. Será adjudicado al autor del mejor trabajo en prosa sobre el siguiente tema: «Poder temporal del Papa; necesidad de su existencia para la buena marcha de la Iglesia católica é independencia del Vaticano.»

Premio de un magnífico cuadro pintado al cromo, representando las virtudes teologales. Se adjudicará al autor del mejor trabajo estadístico relativo á los desastres que han sobrevenido á poseedores de bienes de la Iglesia enajenados.

Premios extraordinarios.

El Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Vich ofrece un ejemplar de la *Biblia*, recientemente publicada por la «Verdadera Ciencia», al autor de la mejor poesía dedicada á la memoria del inmortal Pontífice Pío IX.

El Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Presbítero, la colección de opúsculos del célebre Cardenal Belarmino, en cinco tomos lujosamente encuadernados, al que haya compuesto el mejor trabajo en prosa sobre el tema: «La secta católico-liberal en el siglo XIX; su perniciosa influencia en la sociedad.»

El Dr. D. Cándido Sainz de Robles, Presbítero, una pluma de plata con lazo de oro al autor del mejor escrito sobre el tema siguiente: «San Luis Gonzaga, maestro y guía de la juventud. ¿Puede considerarse y venerarse como mártir al Angélico protector?»

Joyería y platería de los Sres. Suñol hermanos, una escribanía de plata, que será adjudicada al mejor escrito en prosa sobre el tema «Glorias del Episcopado español.»

Librería y tipografía católica, una colección de las obras de propaganda católica del Dr. Sardá y Salvany, al autor del mejor trabajo en prosa sobre el siguiente tema: «Pío IX ante la historia; declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima.»

Biblioteca de la Verdadera Ciencia Española, «Imitación de Cristo», obra en 15 tomos lujosamente encuadernados, que se entregará al autor de la mejor composición en prosa sobre el tema: «San Pedro en Roma; historia de las diez persecuciones, la Iglesia católica derribando el Olimpo pagano; Constantino el Grande.»

D. Manuel Belau, un artístico lino de plata al autor del más bien escrito opúsculo sobre el tema «Influencia del Catolicismo en las artes, ciencias y letras; la Iglesia católica en tiempo de León X el de los Médicis, impulsando el renacimiento artístico literario en Italia y demás naciones europeas.»

D. Domingo Talam é hijos, escultores, una escultura del venerable Scotto, al autor de la más inspirada poesía sobre el tema «Gloria de María Santísima en su Inmaculada Concepción.»

Vinda é hijos de Subirana, editores: «Tratado de la perfección en todos los estados de la vida del cristiano», por el Padre Luis de Lapuente, de la Compañía de Jesús, al autor del mejor escrito en prosa que verse sobre el tema siguiente: «Importancia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.»

Círculo de Obreros, bajo la protección del Patriarca San José: Una imagen de la Virgen de la Saleta, que se entregará al autor de la mejor composición en prosa sobre el tema «Asquerosidad de la blasfemia; necesidad de su enérgica corrección.»

Un editor católico: Obras de Ausias March, al autor de la mejor poesía dedicada al angélico Doctor Santo Tomás de Aquino.

D. José Soler: Una escultura, imitación al bronce, del santo mártir Berriochoa, á la mejor composición poética dedicada á la Virgen de las Mercedes, patrona de Barcelona.

El Jurado podrá adjudicar, además de los premios ordinarios y extraordinarios expresados, los accésits

y menciones honoríficas que crea convenientes á los autores de los trabajos que juzgue sean merecedoras de alguna distinción. Los accésits y menciones honoríficas consistirán en un diploma de honor, que se entregará al agraciado.

Las composiciones serán inéditas, escritas en castellano las que lo sean en prosa, y en castellano ó catalán las poéticas; y habrán de presentarse en la secretaría de Las Conferencias, sita en la calle de Dou, números 14 y 16, entresuelo, 1.ª, Barcelona, antes de las doce de la mañana del día 1.º de Marzo del próximo año de 1888, sin firma, llevando cada una un lema igual al que tendrá un sobre cerrado, en el que se declarará el nombre y domicilio del autor.

Todos los trabajos distinguidos con el premio, accésit ó mención honorífica, quedarán de propiedad de Las Conferencias de San Luis Gonzaga, y los autores premiados con cualquiera de las recompensas que se ofrecen no podrán imprimirlas por su cuenta sin permiso expreso de la Junta directiva de la Asociación.

Las composiciones premiadas serán sometidas á la censura de la autoridad eclesiástica, y la Asociación se reserva la facultad de poder imprimirlas por su cuenta, todas ó en parte, si así lo juzga conveniente.

El Jurado queda constituido por los señores siguientes:

D. Juan Masferrer, Cura Párroco de la Iglesia de Belén, Barcelona. — P. Juan María Solá, de la Compañía de Jesús. — Dr. D. Santiago Quintana, Presbítero. — D. Juan de Dios Trías. — D. José de Palau y de Huguet. — D. Manuel Pascual de Bofarull. — D. Ramon de Manresa y de Castells. — D. J. Juan Susany. — D. Francisco Pol y Royo.

La Junta Central de Peregrinación á Lourdes ha quedado constituida en la siguiente forma: *Presidentes honorarios*: Los Excmos. é Ilmos. señores Arzobispo Metropolitano y Obispos sufragáneos del principado. *Vicepresidentes honorarios*: Doctor Don Félix Sardá y Salvany, D. Luis María de Llauder, Rdo. Benito Torró. *Presidente*: D. Juan Manuel Fors de Oliver. *Vicepresidente*: D. Mariano Fortuny. *Tesorero primero*: D. Juan Riera. *Tesorero segundo*: Don Luis Sánchez. *Vocales*: D. Narciso Vilahur, D. Eusebio Fina, D. Luis de Cuenca y de Pesino, Rdo. D. José Salvat, Rdo. D. Jaime Escoda, Rdo. D. Miguel Planas, D. Jaime Nogués y Taulet, D. Juan Bautista Finestras, D. Francisco de Paula Malet. *Secretario primero*: D. José Codina. *Secretario segundo*: D. Juan B. Falcó.

Dicha Junta ha dirigido á los catalanes una calurosa alocución para promover la concurrencia de fieles.

El estandarte que con tal objeto se está construyendo en los talleres de *El arte cristiano* de Barcelona tendrá el fondo de moaré blanco, destacándose en su centro una preciosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que pintará al óleo el reputado artista D. Joaquín Vayreda, de Olot, cobijada por un elegante semi-dosel de *peluche* azul. En la parte superior de éste se destacará en preciosas letras al realce, en oro, la siguiente inscripción: «AL SAGRADO CORAZON DE JESUS». Debajo de la imagen, en línea horizontal, se leerá «ROMERIA CATALANA, 30 DE AGOSTO DE 1887», y en la parte inferior, en forma circular, la siguiente inscripción en letras ricamente bordadas: «EL LIBERALISMO ES PECADO». Los bordes del pendón serán de fleco de oro, finalizando con dos preciosas borlas de lo mismo, de 15 centímetros cada una. El asta dorada rematará con la insignia de la Redención. El dorso del estandarte será de seda, destacándose en él las cuatro barras catalanas.

Según nos dicen de La Guardia, provincia de Toledo, escribe *La Fe*, se ha visto honrada aquella villa hace unos días con la visita del sabio y virtuoso Padre Fita, de la Compañía de Jesús, que llevado, como académico de la Historia, del deseo de estudiar los documentos antiguos que obran en los archivos parroquial y municipal para investigar la verdad histórica del martirio, crucifixión y muerte de su patrón el Santo niño Cristóbal, permaneció allí cuatro días.

Durante este tiempo visitó el sitio donde le crucificaron los judíos, que hoy es ermita y entonces era cueva de pastores, cuya visita causó verdadero asombro al mirar las enormes peñas agrietadas que, ennegrecidas por el humo, subsisten después de cuatro siglos y la sirven de bóveda, que parece próxima á desplomarse. Recorrió todos los demás puntos en que, según la historia, tuvo lugar el martirio, y contempló lo que fué sepulcro del Niño Santo, que en su pasión y muerte fué la imagen más perfecta de Nuestro Redentor Jesucristo.

Aquella ermita, que posteriormente fué convento

de Trinitarios, en donde residió el Beato Simón de Rojas, es por desgracia bien poco conocida, pues sólo la visitan personas de las inmediaciones, cuando, por sus especiales circunstancias, debería llamar la atención, no sólo de los devotos, sino de las ilustraciones del país.

En su incansable investigación, el R. P. Fita recogió con verdadero celo cuantos datos y noticias consideró de interés para su objeto, y lleno de admiración y de unción evangélica, dió una conferencia en que, por espacio de una hora, cautivó, con su crudición y elocuente palabra, la atención de su auditorio, que era todo el pueblo, el cual por unanimidad le aclamó y nombró hijo adoptivo.

Parece que abriga el propósito de impetrar de Su Santidad que se extienda á toda la Iglesia Católica el rezo del inocente mártir, circunscrito hoy á las diócesis de Toledo y Madrid-Alcalá, é inició el pensamiento de que se celebrase el cuarto centenario de su muerte, que es en el próximo año de 1889, á lo que toda La Guardia prestó su espontáneo asentimiento, ofreciendo su cooperación.

Ha salido de San Francisco de California, para Vich, el sabio y virtuoso Padre Vicente Vinyes, Viceprovincial de los dominicos en el Estado de California. Dicho religioso ha sido por espacio de 36 años una de las columnas principales de la Iglesia católica en aquel país. Varias veces recibió del Papa la Bula de Obispo, y siempre (tanta es su humildad) declinó tan señalada distinción. El Padre Vinyes goza entre el clero y pueblo de aquel país de mucha reputación y numerosas simpatías. Nació el año 1837 en el pueblo de Alpens, é hizo toda su carrera, con mucho lucimiento por cierto, en el Seminario de Vich.

A las respetuosas exposiciones que en los últimos días de Febrero de este año se elevaron á la Santa Sede por los católicos de España, solicitando se declarase fiesta de precepto la del Patriarca San José, Patrón de la Iglesia Católica, la Sagrada Congregación de Ritos se ha servido contestar «que considera más conveniente que los Municipios y los fieles celebren por devoción esta fiesta, que el que sea mandada como de precepto por la Santa Sede.»

Conforme á los deseos manifestados por el Gobierno de España, el Padre Santo ha ofrecido declarar basílica el templo de San Francisco el Grande, de Madrid.

NECROLOGÍA

Recientemente han fallecido:

En Madrid D. Pablo Gil Andrés, Deán de la Santa Iglesia Catedral de Osma.

D. José María Mireles y Deza, Vicepresidente que fué de la Real Capilla de San Isidro y Capellán del Caballero de Gracia.

En Porreras (Balears), el Presbítero D. Antonio Jaume y Barceló.

En los Hueros (Madrid), el Cura Ecónomo Don Francisco Jiménez Encinas.

En Valls, el Rdo. D. Pablo Jover Soler, ex-fraile Carmelita de Parelada.

En Valencia, el Decano de los Beneficiados de la parroquia de San Bartolomé, D. Francisco Sanchis.

En San Gervasio de Cassolas, el Presbítero Don José Anglada.

En Murcia, el Presbítero Dr. D. Jerónimo Calvo García.

En Burgos, el Dr. D. José María Moreno, Cura Ecónomo de la parroquia de San Lorenzo.

En Roma, el Rdo. P. Manuel Martínez, Procurador general de los Descalzos de España.

En Barahona, el Cura párroco D. Pascual H. Ambrosio.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.